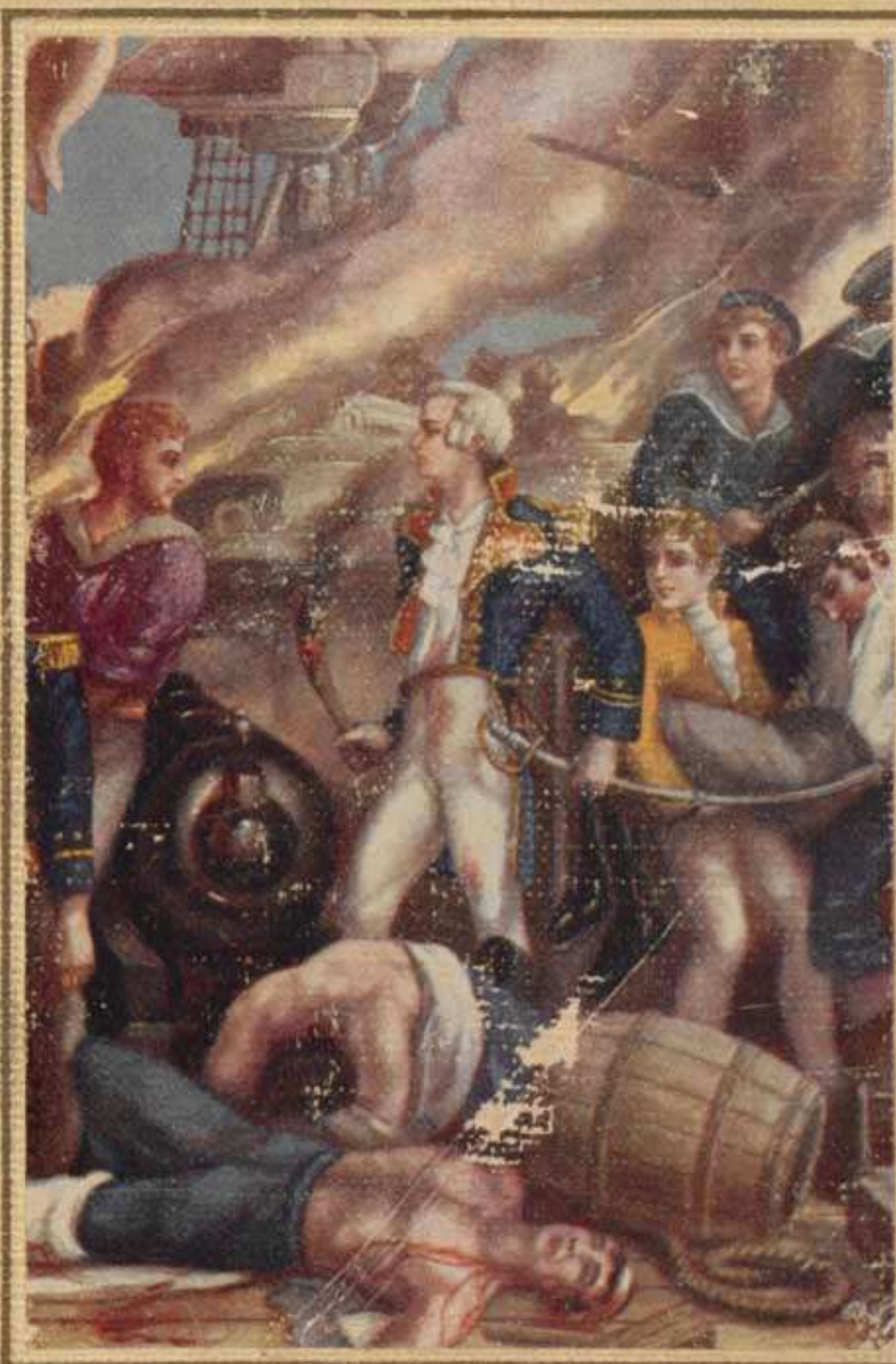


LOS HÉROES DE TRAFALGAR



PAGINAS BRILLANTES

LE-2684

259

12670

917

218



**LOS HÉROES
DE TRAFALGAR**

OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT.

El Censor,

Antonio Aragón Fernández, Pbro.

Barcelona, 18 Febrero de 1930

IMPRIMASE

† José, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia., Ilma.

Dr. Francisco M.^a Ortega
de la Lorena

Canciller-Secretario

P. 3 pta.

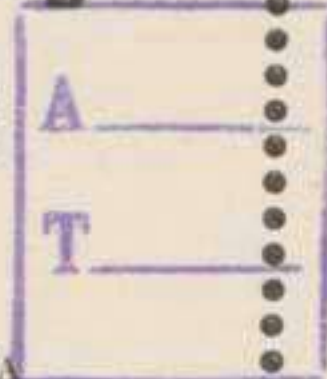
PAGINAS BRILLANTES
DE LA HISTORIA

Los héroes de Trafalgar

EL FAMOSO COMBATE NAVAL
RELATADO A LA JUVENTUD

por JOSE BAEZA

ilustraciones de RICARDO y OCHOA



PUBLICADO POR LA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 - BARCELONA

PRINTED IN SPAIN. — IMPRESO EN ESPAÑA

20



**Es propiedad
:: del Editor ::**

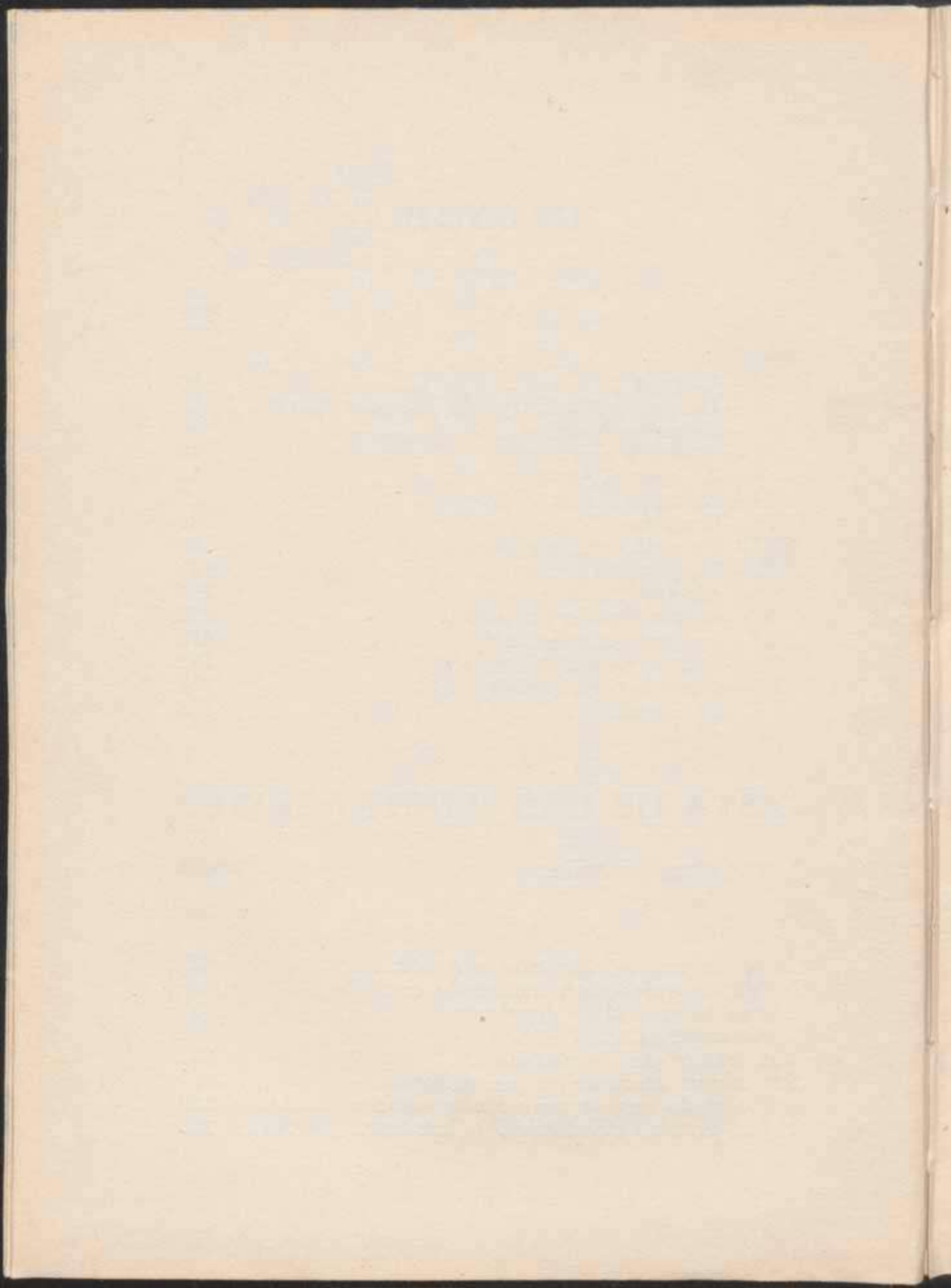
INDICE



	<u>Págs.</u>
<i>Prólogo</i>	7
<i>I.—Crispín</i>	11
<i>II.—Lo que contó Crispín a su amigo Lucio.</i>	21
<i>III.—La gran hazaña</i>	27
<i>IV.—Después del sueño</i>	36
<i>V.—El gran Churruca</i>	45
<i>VI.—De rapazuelos a héroes</i>	77
<i>VII.—Gravina</i>	88
<i>VIII.—La peligrosa aventura</i>	98
<i>IX.—La partida</i>	104
<i>X.—¡Fuego!</i>	110
<i>XI.—A merced de las olas</i>	122
<i>XII.—Lo que contó Lucio</i>	132
<i>XIII.—Los héroes del Santa Ana</i>	142
<i>XIV.—Otra vez en peligro</i>	148
<i>XV.—El encuentro</i>	155

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Don Celso Miranda	Frontis
	<u>Págs.</u>
<i>...los barcos comenzaron a arder...</i>	22
<i>Había empuñado un tremendo cuchillo...</i>	36
<i>...y se la cubrió de lágrimas.</i>	47
<i>—¡Crispín! ¡Lucio! —</i>	78
<i>...a trepar por la cuerda...</i>	102
<i>Sus ropas manchadas de sangre...</i>	117
<i>...luchando con la mar embravecida.</i>	127
<i>Y fué preciso conducirlo al alcázar...</i>	138





PRÓLOGO

Fué la de Trafalgar una gran batalla. España, unida a Francia, perdió, pero brillantemente. La torpeza del almirante francés colocó a la escuadra aliada en situación tan desventajosa, que la derrota era inevitable.

Hagamos la justicia de reconocer la superioridad técnica de los ingleses y el talento excepcional de Nelson, su almirante.

Nelson hizo un excelente y arriesgado ataque merced al cual, sus fragatas se ayudaban unas a otras mientras los navíos españoles se veían obligados a combatir, en su mayoría, en la proporción de uno contra cuatro.

Nuestros soldados eran voluntarios del momento sin experiencia ni disciplina, mientras que en las naves de Nelson todo era gente diestra y ducha en las lides del mar.

En estas circunstancias, sólo una moral ele-

8.—LOS HÉROES DE TRAFALGAR

vadísima y un profundo sentido del honor pudo ser causa de que nuestros navíos dieran durísima réplica a los ingleses.

Nuestro San Juan Nepomuceno se bastó por sí sólo para destrozar cuatro fragatas enemigas, y si los ingleses al fin triunfaron no fué sin que su almirante Nelson, el marino más grande de la época, sucumbiera al impetu español.

Por otra parte, la escuadra victoriosa quedó en tan lamentable estado como la nuestra.

Nosotros perdimos la batalla, pero dejamos bien alto el pabellón español, Churruca, aun a costa de su vida, dió un tan alto ejemplo de heroísmo y de pericia, tanto de marino como de guerrero, que los ingleses fueron los primeros en reverenciarle.

Alava, Gravina, Cisneros, Galiano, Alcedo, fueron dignos compañeros de Churruca. Y, alrededor de estos grandes jefes, de este núcleo de paladines del mar, puede decirse que hubo un héroe en cada hombre.

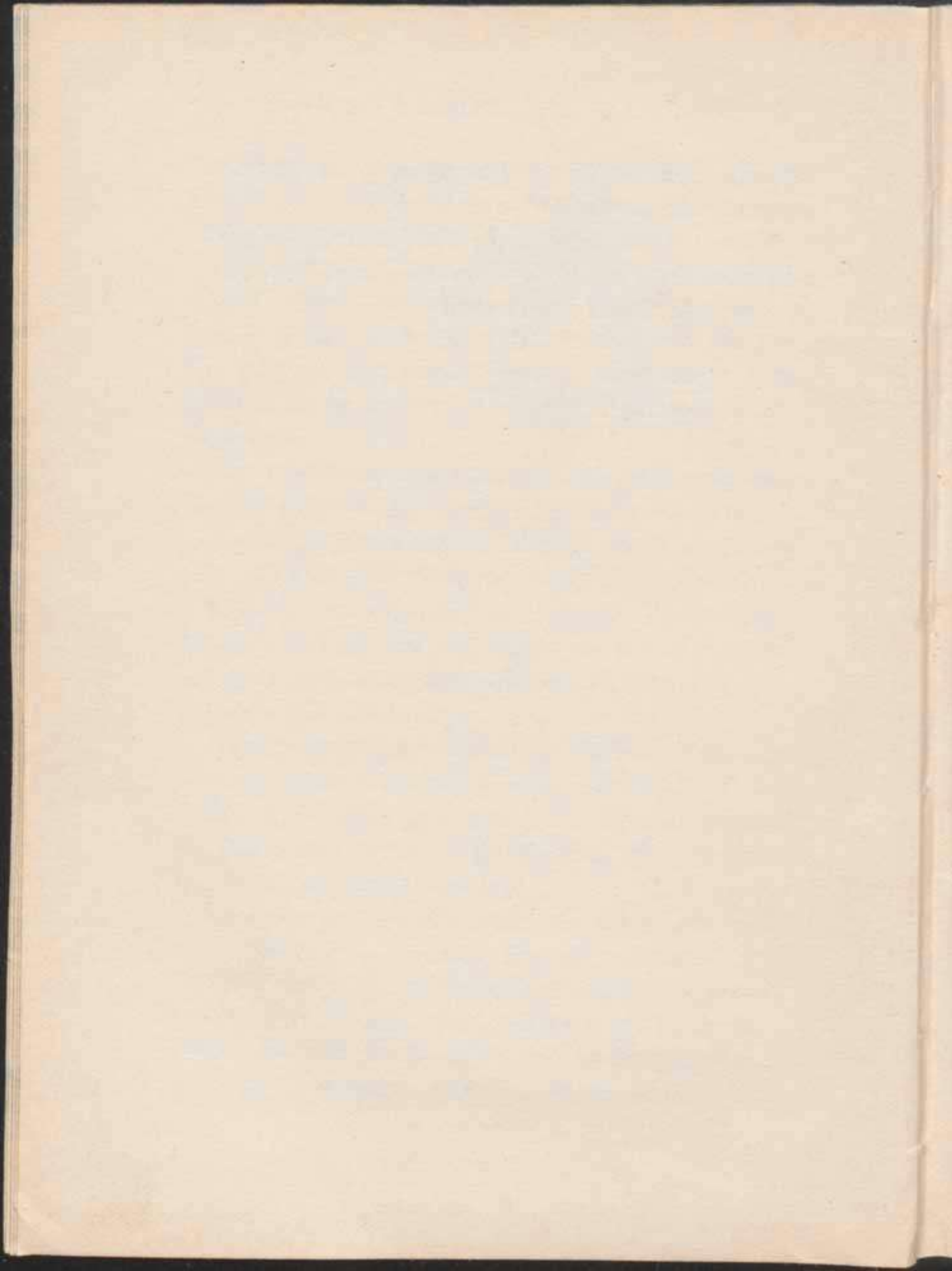
Es opinión nuestra que el relato de estos trascendentales hechos ha de resultar interesante para la juventud, y también provechoso, puesto que enriquecerán su cultura.

Sin falsear para nada los acontecimientos históricos hemos tejido a su alrededor una

*pequeña fábula que deseamos y confiamos
aumente la amenidad del libro.*

*¡Gloria a los héroes de Trafalgar!... y per-
dón para este narrador que se atreve a remo-
ver tan gloriosos recuerdos.*

J. B.





I

CRISPÍN



RA el otoño del año mil ochocientos cinco. En la ciudad costera de Cádiz advertíase una singular animación.

A pesar de que el invierno se venía encima y del cálido verano meridional no quedaba ya más que un nostálgico recuerdo, en las calles vertía el sol su triunfo de oro y el cielo mostraba plenamente su azul, sin que la más ligera nube le empañara.

Una tarde, de una mísera casucha enclavada en lo más angosto de la más miserable calleja gaditana, vimos salir a un muchacho con un fardo de ropa que abultaba casi tanto como él.

El mozalbete representaba unos trece o catorce años a lo sumo y llevaba un trajecillo lleno de remiendos de los más diversos colores y cuyas mangas llegábanle difícilmente a la mitad del antebrazo. Su nariz era afilada, sus ojos, menudos, redondos y negros. Tan delgado era, que podría confundírsele con un palo de escoba, y más si se reparaba en su revuelta pelambre, tan larga, recia y alborotada, que bien hubiérase podido barrer con ella la calle más espaciosa de la ciudad.

El rapaz echóse el fardo a cuestras y silbando una marcha militar encaminóse con paso marcial hacia el extremo de la calle, la cual desembocaba en una plazuela de poca más anchura que el callejón que acababa de dejar nuestro héroe.

¿Héroe?

Sin duda. No había más que ver el movimiento de aquellos brazos, la majestad de aquel porte, el desenfado con que miraba a un lado y a otro y las actitudes que adoptaba cuando el paso de alguna calesa interrumpía sus armónicos silbidos.

Cuando un marino conocido pasaba por su lado, se cuadraba muy serio y le saludaba militarmente.

¿Quién sería aquel “grande hombre”?

Al doblar por una vía más amplia y céntrica, algo extraordinario que vieron sus ojos, le obligaron a detenerse y a comenzar a dar gritos que atrajeron la atención de todos los transeúntes.

—¡Crispín! ¡Crispín! ¡Crispiiiiín!

Se oyó en seguida la respuesta.

—¡Eeeeh! ¡Quiquiriquí!

Y un rapaz de catadura mucho más deplorable que la del portador del fardo llegó a él, llegó a él en loca carrera, lo que provocó mil protestas de los transeúntes.

Uno de ellos incluso blandió una vara amenazando al autor del “quiquiriquí”.

—¿No os da vergüenza alborotar de ese modo cuando la fiebre amarilla hace estragos en nuestra región y se prepara una terrible batalla naval?

—¡Viva Churruca! — replicó Crispín traviesamente y, cogiendo a su amiguito del brazo, echó a correr para librarse del palo del irascible transeúnte.

No se detuvieron hasta que se hallaron a orillas del mar. Entonces Crispín dijo a nuestro pequeño héroe:

—¿Dónde vas, Lucio?

—Pues voy a casa de la marquesa de Valdemaras.

Su voz era tan aguda, que hacía pensar en los grillos y en las tipleas ligeras. Verdaderamente de aquel cuerpo tan flaco y estirado como un hilo de coser era preciso que saliera una voz más delgada aún.

Al oír la palabra marquesa, Crispín dió un salto.

—Con quién te tratas, chico?

Lucio repuso estirando uno de sus largos brazos.

—Pues ya lo ves; son mis amistades.

Crispín se limpió las narices con la sucia manga, por lo que puede decirse que, más que limpiárselas, se las ensució. No supo expresar su asombro de forma más gráfica.

—¡Una marquesa!—exclamó con tono misterioso—. ¡Ay si yo conociera a alguna! Duques, condes, marqueses... ¡Oh! Un palacio, caballos, coches, criados. Por las noches, música y baile; por las mañanas, paseos por el sol; por las tardes, asistencia a los actos públicos...

—Y la merienda — le interrumpió Lucio con su atiplada voz.

—¡Calla! Sólo piensas en comer. ¡Qué ordinario eres!

—¿Es qué los duques y los marqueses no comen?

—Naturalmente que comen; pero no toman chocolate. Eso es muy ridículo.

—¿Pues que comen?

—Pues comen aves asadas, pescados finos, pasteles, frutas...

Los ojos de Lucio se dilataron. Medio desvanecido, hubo de asirse a Crispín para no caer.

—¡Ay, Crispín! Me parece que estoy percibiendo el olor.

—¡Qué ruín eres! — exclamó Crispín, soltando la frase que habíase aprendido de memoria en las representaciones teatrales. — A mí no me importa la comida. ¿Sabes lo que a mí me importa? Pues los criados con librea, los salones llenos de luz, las condecoraciones, los escudos de armas... ¡Ay, Lucio; si yo fuera marqués!

Lucio dió un bostezo.

—¿No quisieras ser marqués tú? — le preguntó Crispín.

—Vaya si quisiera serlo. Los marqueses duermen en camas de veinte o treinta colchones y no tienen que trabajar para vivir...

—¡Bah! Debí pensar que saldrías con alguna de las tuyas. Los marqueses tienen que trabajar como todo el mundo. Lo que sucede

es que sus trabajos suelen ser más elevados y distinguidos que los del populacho.

—¿Popuqué?

—Populacho.

—No sé lo que quiere decir esa palabrota.

—Palabrota. Pues sepas que es palabra de señores.

—Bueno, bueno, dejémonos ahora de tonterías y vamos a hacer algo de provecho. Sentémonos aquí a descansar.

—¿A eso llamas tú algo de provecho?

—Nada hay tan provechoso para el cuerpo como el descanso.

Y, como para dar más fuerza a sus palabras, se tendió en el suelo cuan largo era.

—Pero ¿no tenías que ir a casa de una marquesa?

—Ya iré después. Las cosas han de hacerse una detrás de otra.

Crispín se sentó a su lado y, después de permanecer un instante en actitud soñadora, preguntó:

—¿Y qué vas a hacer en casa de la marquesa?

—Pues entregarle unas sábanas que ha bordado mi madre y a cobrar su importe.

—¡Qué suerte! Ir casa de un marqués. ¿Quieres que te acompañe?

—A tí no te dejarían entrar — dijo Lucio con suficiencia.

—Ni a tí te dejarían tampoco si supieran lo zopenco que eres.

—Si no estuviera tan cómodo, me levantaría y te daría un par de bofetadas.

Crispín nada respondió. Estaba absorto en la contemplación de los cuarenta navíos y fragatas de guerra que llenaban la bahía. Estaban de tal modo situados los dos amigos, que desde allí podían ver toda la muralla, el muelle y las naves.

—¡Oh, el *Trinidad!* — exclamó de pronto Crispín—. Los barcos ingleses podrán ser mejores, pero tan hermoso como éste no hay otro en el mundo. Sesenta y un metros de largo tiene. Cuatro puentes lleva y ciento cuarenta troneras que son como otras tantas bocas de fuego. Su madera es de la mejor. Por eso después de treinta y seis años de navegación y lucha está tan fuerte como el primer día. No, no hay otro barco en todo el mundo. ¡Si yo fuera almirante!... Mira el *Príncipe de Asturias*, el favorito de Gravina, y el *Rayo*, y el *Santa Ana*.

Y los fué nombrando a todos, españoles y franceses, en un alarde de memoria, que si no provocó la admiración de Lucio fué porque

para el enjuto muchacho no había nada en el mundo, aparte la carne asada y los pasteles, que fuera digno de ser admirado.

—Pero ¿es posible que permanezcas tan tranquilo mientras estoy nombrando a los navíos que muy pronto, quien sabe si mañana, van a salir a combatir con Nelson?

Lucio dijo con indolencia:

—Si ese Nelson, que es un hombre solo, va a tener que vérselas con una escuadra entera, naturalmente que será derrotado.

Crispín se llevó las manos a la cabeza.

—¡Qué torpón eres, Lucio!

—Al decir Nelson, quiero significar la escuadra inglesa, pues Nelson no es ni más ni menos que el almirante, o sea, quien va a dirigir el combate naval.

Y como Lucio siguiera afianzado a su actitud indiferente, Crispín le increpó:

—¿Tampoco te interesa que la escuadra española, unida a la francesa vaya a librar un gran combate?

—Creo que la escuadra haría muy bien en quedarse en casita, en vez de salir a provocar batallas, pues las batallas son las culpables de que todo valga tan caro. ¡Hace tanto tiempo que no he probado el chocolate!

—No se sabe todavía si vamos a lanzarnos

en busca de los ingleses o a permanecer en la bahía. Villeneuve, el almirante francés, que es desdichadamente el que dirigirá el combate en vez de Churruca o Gravina, nuestros grandes marinos, se ha empeñado en salir. Busca el modo de lucirse para borrar sus torpezas pasadas, que son muchas, y evitar que Napoleón le destituya, cosa que el Emperador ha pensado. Pero los nuestros no quieren salir. Churruca está seguro de que en medio del mar fracasaremos mientras permaneciendo aquí, en la bahía, haríamos un magnífico combate. Pero, de todas formas, la batalla es ya inevitable. Si no vamos nosotros a buscar a los ingleses, los ingleses vendrán a buscarnos a nosotros.

Lucio volvió a bostezar.

—¡Vergonzosa ignorancia! — le reprochó Crispín—. Hablo de los ingleses y bostezas.

—¿Qué me han hecho a mí los ingleses?

Crispín se estremeció.

—¿De verdad crees que los ingleses no nos han dado motivo para que incluso a nado vayamos en busca de ellos?

—A mí no me han hecho nada.

—Pero a España sí, y España somos todos los españoles.

—Eso ya lo sabía. Lo que no sé es que los

20.—LOS HÉROES DE TRAFALGAR

ingleses nos hayan hecho nada tan grave que merezca les deseemos la muerte.

Crispín estuvo un instante contemplando a su amigo. En su sucio rostro fulgían unos ojos llenos de inteligencia y de exaltación. Ofrecía también un violento contraste su grasienta cabellera con su frente amplia y despejada.

Aunque presumía que Lucio no le iba a entender, anhelaba transformar en palabras sus sentimientos, y, recostándose sobre un codo al lado mismo de su ignorante camarada, comenzó a decir:

II

LO QUE CONTÓ CRISPÍN A SU AMIGO LUCIO



VOY a contarte lo que hace cuatro años sucedió en el Estrecho, y entonces me dirás si hay o no motivo para haberles perdido el amor a los ingleses. Aconteció que la escuadra francesa, perseguida por los ingleses habíase refugiado en Algeciras. Enterados nosotros, enviamos seis barcos en su auxilio. Fueron éstos el *Real Carlos*, el *San Hermenegildo*, el *San Fernando*, el *Argonauta*, el *San Agustín* y la fragata *Sabina*. Una vez llegaron a Algeciras, se sumaron a los barcos franceses y, todos juntos, emprendieron el regreso a Cádiz. Poco después de que la escuadra hubiera

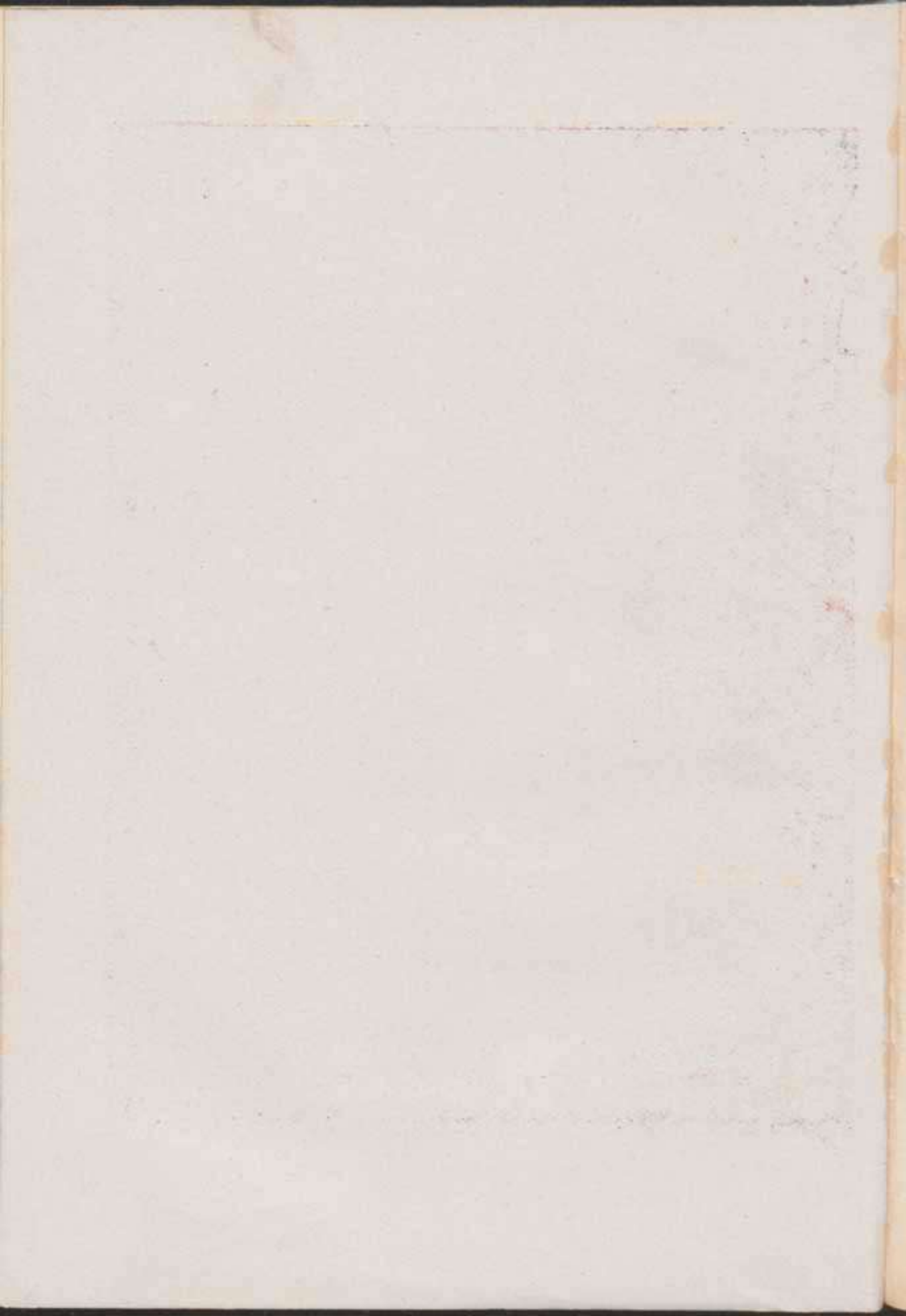
pasado punta Carnero, el crepúsculo se convirtió en noche cerrada. No obstante, nuestros navíos siguieron navegando tranquilamente, pues la mar estaba en calma y era difícil que, en estas condiciones, surgiera contratiempo ninguno. Pero sucedió que a su paso por Gibraltar, varios barcos ingleses, con las luces traidoramente apagadas se deslizaron entre el *Real Carlos* y el *San Hermenegildo*, los cuales habían quedado un poco rezagados. En ambos navíos la gente dormía, cuando, de súbito una descarga cerrada y otra después los despertó a todos. Se armó una ensordecedora algarabía de gritos de sorpresa y de rabia. Las palabras estribor, andanada y fuego eran repetidas una y otra vez por el comandante del *San Hermenegildo*. Y las mismas palabras rugía el del *Real Carlos*, trocando tan sólo la de babor por la de estribor.

Se sucedieron las descargas. A los gritos de guerra se sumaron los lamentos de muerte. Y por si esto era poco, los barcos comenzaron a arder, pues las misteriosas andanadas habían enviado sobre ellos una lluvia de fuego.

Sólo cuando amaneció, el *San Hermenegildo* y el *Real Carlos* se dieron cuenta de que habían estado combatiendo uno con otro. Un barco inglés, aprovechando la oscuridad de la



...los barcos comenzaron a arder,...



noche y apagando las luces para no ser descubierto, se colocó entre nuestros navios, disparó por babor y estribor y se retiró inmediatamente. El *Real Carlos* tomó al *San Hermenegildo* por el barco enemigo que había hecho la descarga y lo mismo sucedió a este respecto de aquél.

Cuando la luz de la aurora vino a desvanecer el error, era ya demasiado tarde. Nuestros barcos ardían por los cuatro costados y los supervivientes hubieron de arrojarse al mar, llegando sólo a tierra cuarenta y seis hombres. Nuestra armada registró dos mil bajas aquella noche.

Crispín habló con tono siniestro y muy adecuado a la índole del relato. Lucio, el estoico, atendía últimamente sin parpadear. Se había realizado el milagro. Lucio se interesaba por algo más que por la comida. Crispín, aprovechando la ocasión, volvió a hacer uso de la palabra:

—Así se han portado los ingleses con nosotros. Si hubieran combatido frente a frente sin deslizamientos ni cobardías, no habría razón para protestar. El mundo es el mundo y la guerra es la guerra. Pero esos malditos he-rejes usaron de la traición y de la perfidia. Para que acabes de convencerte, voy a refe-

rirte otro suceso que también va a ponerte los pelos de punta. Era tiempo de paz. Cuatro navíos españoles que se hallaban en Montevideo recibieron la orden de regresar a España transportando los caudales de Lima y de Buenos Aires. Este dinero era, parte del rey, parte de otras personas particulares y parte de la caja de soldados, la cual está constituida por los ahorros de las tropas que sirven en América. ¡Casi nada! ¡Unos cinco millones de pesos! Además, nuestras naves eran portadoras de un fortunón en pieles de lobo, lana, cobre, estaño y maderas finas. Como no se estaba en guerra con nadie, nuestras naves transportaban sus tesoros sin temor ninguno. Mas he aquí que el mismo día en que nuestros navegantes vislumbran las tierras de su patria, se presentan de súbito cuatro fragatas inglesas que, sin más ni más, hacen la señal de alto. Mediante un mensajero, los nuestros se enteran de que el comodoro inglés pretende que nuestra gente se considere prisionera y le siga con sus navíos adónde él quiera llevarla.

Excuso decirte cómo recibieron nuestros hombres la descabellada pretensión. ¡Buenos somos nosotros para tolerar abusos de nadie! Por toda respuesta, el jefe de la escuadra

dió orden de apercibirse para la defensa, pero entonces se dieron cuenta nuestros marinos de que las fragatas inglesas, aprovechando la distracción de nuestro jefe, que discutía con el mensajero, se habían colocado en magnífica posición de ataque.

Pero no por esto *nos* arredramos. A la primera andanada de los ingleses respondimos *nosotros* con dos consecutivas y se armó la de Dios es Cristo. El enemigo nos aventajaba en pericia y estrategia, pero nuestra bravura hubiera triunfado al fin, pero desgraciadamente una de nuestras naves, se incendió hundiéndose rápidamente.

Este suceso produjo a los españoles tanta pena y desaliento, que poco tardaron nuestras naves en rendirse. Con menos de la mitad de sus hombres, destrozadas las velas y los aparejos, fueron conducidos a Inglaterra, la que nos ha devuelto a los supervivientes, pero conservando en su poder los cinco millones de pesos y todo lo demás. Y eso que, como ya he dicho, estábamos en tiempo de paz.

Lucio se había sentado en el suelo, interesado por el relato de Crispín. Sus menudos y redondos ojillos relampagueaban dijérase que con un profundo anhelo de lucha.

—¡Qué infames! — exclamó.

Y añadió en seguida:

—¿Cómo sabes tantas cosas?

—Porque me gusta aprender, porque quiero llegar a ser un Churruca o un Gravina.

—¿Y aprendes tu solo?

—Un viejo maestro al que barro y limpio la escuela todas las mañanas me da todas las noches, a cambio de este servicio, comida y una hora de lección. El es también quien me contó todas estas cosas que yo ahora te he contado a tí.

Lucio se levantó, dando a su cuerpo toda su desusada largura.

Contemplaba el mar fijamente.

—¡Qué infames, qué infames! — dijo como si hablara consigo mismo—. Churruca... Gravina... los ingleses.

Se echó el fardo auestas con lo cual pareció alargársele el cuello, tendió la mano a Crispín y se alejó murmurando estas palabras con tono tan patético como su atiplada voz permitía:

—Churruca... Gravina... andanada... ¡Fuego! ¡Pum!...

III

LA GRAN HAZAÑA



CUANDO Lucio llegó a su casa era ya de noche.

Su madre, que le esperaba con impaciencia, le preguntó al verle llegar:

—Pero ¿qué has hecho por el mundo hasta estas horas?

—Churruca... Churruca — continuaba diciéndose el rapaz con tono reconcentrado.

Cuando la impaciente madre vió que todavía llevaba al hombro el fardo de las sábanas, perdió los estribos.

—Dime, perillán — le increpó: —¿por qué no has llevado esas sábanas adonde te dije?

—Gravina. Estribor. Descarga cerrada — repuso Lucio, con tono patético.

Y, al mismo tiempo que pronunciaba las palabras últimas, su madre le propinó una bofetada que resonó como un cañonazo.

Lucio salió al punto de su abstracción.

— Es que me olvidé, madre — dijo con su agudísima voz.

— ¡Bendito sea el Cielo! ¡Con un fardo al hombro que pesa más que él, y se ha olvidado del encargo! Tu me dirás ahora qué vamos a hacer esta noche para cenar.

Al oír mencionar la cena, Lucio cambió súbitamente de actitud. Su cuello pareció estirarse, los ojillos se le abrieron tanto como los párpados daban de sí, sacó la lengua, se humedeció con ella los labios y dijo con una diligencia en él inusitada:

— Antes de que transcurran diez minutos, estoy de vuelta.

Y echó a correr hacia el palacio de los marqueses, donde hizo entrega de las sábanas y recibió un puñado de monedas, casi todas de cobre.

Durante el regreso, su idea fija tuvo una graciosa ramificación.

— Churruca... patatas... Gravina... garbanzos... ¡Pum!... ¡Pam!

El mismo fué a hacer la compra recibidas las órdenes oportunas de su madre.

Una vez tuvo el estómago lleno, se apoderó de él un dulce sopor y las ideas obsesionantes volvieron a su cerebro.

Le parecía estar viendo a Napoleón en un trono de oro y a Churruca, un Churruca completamente imaginario, cruzar la ciudad a lomos de un corcel y disparando una pistola tan larga como una escopeta.

Su madre le ordenó que se fuera a dormir y él no opuso la menor resistencia. Besó a la autora de sus días y se retiró a su dormitorio, el cual haremos bien en no describir para que nuestro amigo Lucio no se avergüence.

En un santiamén estuvo tendido sobre el jergón y cubierto con la raída manta.

—Churruca... Gravina... Estribor...

Desde el estómago, le subían al cerebro extraños vapores que le aturdían. Oía cada vez más vagamente el ruido que producía su madre al fregar los platos en la cocina. Al fin cesaron tales ruidos y le pareció ver que su madre se asomaba a la puerta del cuartucho para ver si se había dormido, retirándose después a su dormitorio.

De súbito le asaltó una extravagante idea que él mismo se sorprendió de poner en práctica inmediatamente.

A oscuras y procurando no hacer ruido, se

vistió y se deslizó hacia la puerta de la calle. La abrió con tiento y la cerró después de haber salido.

Le sorprendió que habiendo hecho un día tan hermoso, la noche fuera fría como el hielo y en el cielo no se viera una sola estrella.

Sin vacilar se dirigió hacia la bahía y se internó en el muelle.

Se produjo el primer relámpago y, en seguida, un trueno ensordecedor, conmovió las profundidades de la tierra.

Y entonces sucedió algo sorprendente e inusitado. Al oír el trueno, Lucio lanzó una siniestra carcajada.

—¡Ja, ja, ja!

Estaba terrible.

Saltó a un pequeño chinchorro que estaba pegado al muelle y, después de desamarrarlo, se dirigió al navío que tenía más cerca.

Otro relámpago y otra carcajada.

—¡Ja, ja, ja!

Llegó al navío y, fácilmente, subió a pulso por una cuerda.

Se fué directamente al alcázar central y subió al puente. Desde allí dió dos siniestras palmadas.

—Marineros míos — exclamó cuando todos los tripulantes estuvieron al pie del puente:

— Si queréis evitar a España días de luto, obedecedme. Vamos en busca de la escuadra inglesa. La destrozaremos y así no podrá seguir molestándonos.

Los tripulantes aplaudieron unánimemente.

— ¡Viva el almirante! — dijo uno.

— ¡Vivaaa! — respondieron todos.

Y Lucio, haciendo un magnífico gesto con su largo brazo, ordenó:

— ¡Avante!

El *Trinidad*, inmediatamente, se puso en movimiento.

Pronto estuvo fuera de la bahía.

La noche era tan oscura, que sólo podía ver el mar a la luz intermitente de los relámpagos.

Los truenos se sucedían sin tregua. La nave marchaba viento en popa. Y Lucio, aunque no sabía una palabra de marinería, daba continuas y magníficas órdenes.

— ¡Tú, tira de aquella cuerda! ¡Timonel, vira para acá! ¡Eh, aquella vela está muy floja!

Al fin divisaron en el horizonte una línea de luces.

Era la escuadra inglesa. ¡Pronto! Dadme un cuchillo y un pistolón.

Le dieron lo que pedía.

Se puso el cuchillo entre los dientes, a la usanza india y empuñó la pistola.

Comenzó a llover torrencialmente.

Y la escuadra se aproximaba.

—¡Qué cada uno de los cañones apunte a una luz distinta! Cuando yo dispare la pistola, disparad vosotros también. ¡Ja, ja, ja!

Naturalmente, Lucio, para hablar, se había quitado el cuchillo de la boca.

Con fiera actitud, indiferente a la lluvia que azotaba a la nave sin cesar, comenzó a pasear de un lado a otro del puente.

Las fragatas enemigas se acercaban.

Al fin estaban tan cerca, que, desde el *Trinidad*, oíanse las voces de mando de los ingleses.

Y Lucio levantó la pistola y disparó. Sucedió a este disparo una descarga cerrada y entonces el almirante dijo al timonel:

—¡Volvámonos a casita!

No necesitaban volverse a mirar la escuadra enemiga, para saber que todos sus barcos se habían ido a pique.

En efecto, las naves inglesas, partidas en dos por los cañonazos del *Trinidad* se habían hundido rápidamente.

Ya había virado en redondo el navío español. De súbito, el almirante, tuvo un alarde

de democracia que aplaudió toda la tripulación.

Bajó del puente y dijo a sus súbditos:

—¡Vamos a echar una partidita de cartas para no aburrirnos!

—¡Es un héroe! — ponderó una voz.

—¡Es un viejo lobo de mar! — dijo otro.

—¡No hay hombre tan simpático en todo el mundo! — exclamó un tercero.

Y Lucio, sonriente, repartía palmadas cariñosas entre los marineros.

Descendió a la cámara seguido de los contramaestres y comenzó el juego de naipes.

Mas, de súbito, Lucio arrojó las cartas sobre la mesa y tuvo un gesto de contrariedad.

Se había dejado oír un cañonazo.

Apresuróse a subir a cubierta y vió que una luz se acercaba a ellos a toda prisa.

—Es un navío inglés que sin duda ha podido salvarse del desastre. Ya sabrán esos marineros de agua dulce lo que es bueno. Dadme el cuchillo.

Se le dió.

—Esperadme — dijo simplemente Lucio poniéndose el arma en la boca.

Y se arrojó al agua y comenzó a nadar furiosamente.

Un minuto después tocaba el casco de la nave enemiga.

Trepó hasta la borda fácilmente y, deslizándose con suma precaución, fué cortando todas las cuerdas del velamen y todas las escalas.

Realizada su terrible obra, se volvió al *Trinidad* y dijo:

—Apagad todas las luces y continuemos hacia Cádiz.

No tardó en oirse una infernal algarabía en la nave inglesa.

Y, ante la sorpresa y la admiración de sus fieles marineros, Lucio dijo:

—He cortado todas las cuerdas del velamen. Ahora no podrán ir adonde quieran, sino adonde les lleve la corriente. ¡Ja, ja, ja!

Y aun añadió con terrible sangre fría:

—¡Eh, amigos; vamos a continuar nuestra partida de naipes!

Cesó la tormenta. El *Trinidad*, deslizándose majestuosamente sobre las aguas del océano, penetró en la bahía de Cádiz.

Lucio, sobre el puente vió que la ciudad entera se apiñaba en la costa, agitando pañuelos y dando gritos de júbilo.

Cuando la nave fondeó y él saltó al chincho-

rro, cuatro orquestas a un tiempo comen-
ron a tocar una marcha triunfal.

—¡Viva el héroe!

—¡Vivaaa!

—¡Viva el almirante!

—¡Vivaaa!

—¡Qué se prepare un almuerzo en su ho-
nor!

Lucio, conmovido, lloraba.

Le cogieron, le levantaron, le pasearon en
hombros por toda la ciudad.

De pronto, los que le conducían, tropeza-
ron y cayeron cuan largos eran.

Lucio, naturalmente, cayó también.

Y el golpe y el sobresalto le despertó. Se
vió en medio de su mísero cuartucho y con
la raída manta enredada a las piernas.

¡Oh, desilusión! ¡Todo había sido un sueño!

IV

DESPUÉS DEL SUEÑO



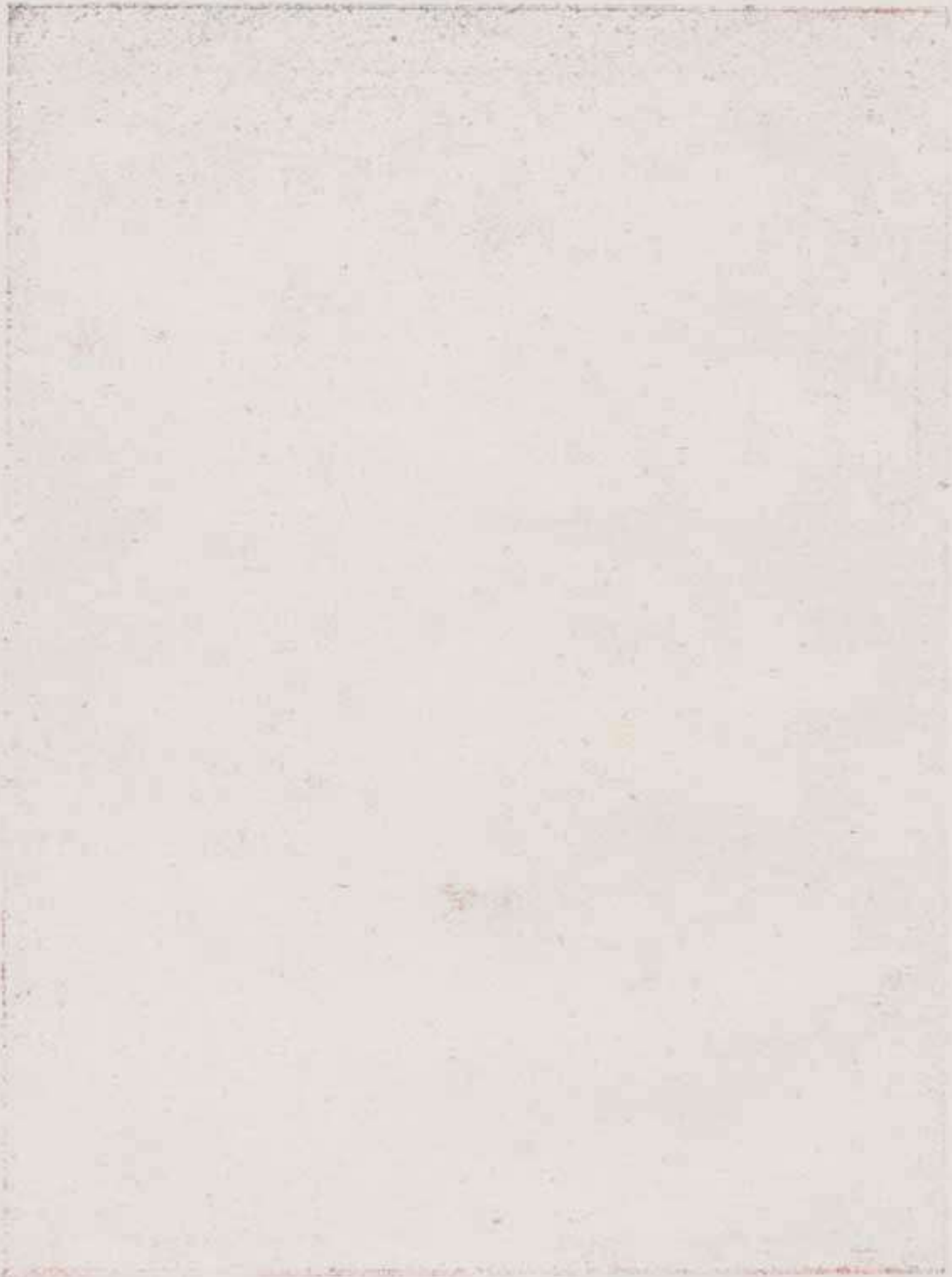
la mañana siguiente, Lucio no tenía más que un pensamiento. Quería ser en la realidad lo que en el sueño había sido. Todo el día anduvo obsesionado por la idea de que las fragatas inglesas descargaban sobre él el fuego de sus andanadas.

Estaba desayunando cuando el azar quiso que un visitante inoportuno descargara en la puerta dos tremendos aldabonazos y Lucio se plantó de un salto encima de una mesa. Había empuñado un tremendo cuchillo y comenzó a gritar adoptando una actitud heroica y defensiva:

—¡Entrad, entrad, cobardes! Ya sabréis



Había empuñado un tremendo cuchillo...



quién es el almirante Lucio. Entrad y os quedaréis sin orejas.

Su madre, que había acudido a la llamada del panadero, pues no era otro el que golpeará la puerta, se fué después hacia el comedor, atraída por los desaforados gritos del pequeño almirante.

La pobre señora se llevó un susto mayúsculo al verle blandir el cuchillo y mirarle con ojos criminales.

—¡Lucio! ¡Hijo mío! ¿Qué te sucede?

—Déjalos entrar, madre; déjalos entrar. Aquí estoy yo para defender tu vida.

—Pero ¿qué dices? ¿Quién ha de entrar?

—Los ingleses. Esos que han disparado dos cañonazos en la puerta.

La madre respiró.

—Con que los ingleses ¿eh? En la puerta no han sonado más golpes que los que ha dado el panadero al llamar. De modo que baja de ahí sino quieres que vaya en busca de la escoba.

Obedeció Lucio; mas, como estas escenas guerreras se reprodujesen cada vez que se oyera en la morada un golpe de regular potencia, la madre concluyó por echarlo de casa a escobazos, encareciéndole no volviera hasta la hora de la comida.

Lucio acató la orden gustosísimo. Esta libertad le permitía entregarse plenamente a sus anhelos bélicos.

Se dirigió sin titubeos al puerto, en el cual estaban fondeados buen número de navíos de guerra. Allí vió al *Neptuno*, al *Rayo*, al *Leandro*, al *Santa Ana* y a otros muchos entre los cuales había buena parte que llevaban nombre francés.

Las escenas heroicas del sueño volvieron a presentarse a su mente. Se volvió a ver comandante de un hermoso navío y dando órdenes desde el alcázar.

—¡A los cañones! ¡Tú, tira de esa cuerda! ¡Y tú, afloja esa escota! ¡Vira para acá, timonel!

Estas frases, surgidas de pronto en su mente, hiciéronle comprender que era absurdo que todo un señor almirante ignorara los términos más elementales de la marinería.

Acometióle el deseo de aprenderlos y, ni corto ni perezoso, acercóse al borde del muelle y preguntó a un barquero.

—¡Eh, buen hombre! ¿Me puede usted llevar a ese navío?

El barquero, que estaba sentado en un viejo y sucio bote, levantó hacia Lucio su rostro de arrugado y terroso cutis y en el cual relam-

pagueaban unos ojillos menudos e inquietos.

Su gesto denotaba que Lucio se había captado su curiosidad. De ser otro el que fuera a él con tal demanda habríale alejado con una de las frases que continuamente ponían de relieve su mal genio. Pero aquel jovenzuelo de cuello estirado, larga nariz y voz de tiple le producía el mismo efecto que uno de esos animales exóticos que sólo se pueden ver pagando una cantidad determinada.

Por eso el barquero le preguntó:

—¿Qué tienes que hacer en ese navío?

—Quiero verlo — repuso Lucio francamente — para aprender ciertos términos de marinería que desconozco.

El viejo barquero se echó a reír.

—¿Crees que te dejarán entrar?

—Me parece que sí.

—¿Sabes que ese es el navío de Churruca, el *San Juan Nepomuceno*?

Al oír pronunciar el nombre de Churruca, Lucio dió un salto sobre el muelle. Después, de un segundo brinco cayó dentro de la barquichuela, la cual se ladeó peligrosamente.

—¿Churruca? ¿Churruca ha dicho usted?
¡Yo quiero ver a Churruca!

Y al mismo tiempo que formulaba esta anhelante demanda, había asido al barquero por

los hombros y le zarandeaba irrespetuosamente.

El anciano, que por mucho menos había arrojado otras veces a un hombre al agua, ahora se echó a reír y repuso al mismo tiempo que se desasía de las huesudas manos de Lucio.

—Para ver a Churruca hay que ir a su casa.

—¿No dice usted que éste es su barco?

—Sí, pero no esta en él ahora. Claro que podría venir, mas no es probable.

—Entonces lléveme al barco.

—¡Hombre, pues te voy a llevar! Creo que harías un buen marino y sería para mí un cargo de conciencia quitarte la afición. Vamos.

Y hundiendo los remos en el agua, hizo avanzar un par de metros a la frágil barquilla. Continuó remando y media docena de paladas fué suficiente para que el bote llegase al mismo casco del *San Juan Nepomuceno*.

Una vez allí el viejo comenzó a dar voces.

—¡Eh, Malaparte! ¡Aquí! Echa una escala.

Asomóse a la borda un mocetón de desnudos brazos y arrojó la escala que pedía el tío Sarampión, que así le llamó el marinero.

Lucio, haciendo desesperados equilibrios

para no caer, pues la escala iba de un lado para otro como si estuviera viva, logró llegar a la cubierta, donde esperó al tío Sarampión. Este apareció en seguida, salvando el obstáculo de la borda con dificultad.

Sólo entonces se dió cuenta Lucio de que el anciano barquero cojeaba.

—¿Está usted cojo? — le preguntó.

—Sí, en lo de Finisterre perdí medio pie.

Lucio comprendió al punto que “lo de Finisterre” había sido una batalla como las que Crispín le contara el día anterior. De aquí que volviera a preguntar:

—¿Ha asistido usted a algún combate?

—He perdido ya la cuenta de las batallas y escaramuzas que he librado contra los marinos de Nelson.

—¿Quién es ese?

—¿Quién?

—Ese Nelson.

—Pues el almirante de la escuadra inglesa. Entonces, Lucio, en un súbito arrebató, gritó:

—¡Muera el morral de Nelson!

—¡Eh, alto ahí! — replicó con gesto grave el tío Sarampión—. Nelson es nuestro enemigo, pero no tiene nada de morral. Nelson es — y bajó la voz para que los marineros que

estaban de guardia en el *San Juan* no le oyesen—... Nelson es el marino más grande del mundo. Así como suena. El más grande. ¿Para qué nos vamos a hacer ilusiones? Libraremos un combate glorioso, pero, al mismo tiempo, de gran dificultad.

Y, bajando aun más la voz y rodeando con uno de sus brazos los hombros de Lucio, añadió:

—Villeneuve nos lleva a la ruina, al fracaso.

—¿Quién es Villeneuve?

—El almirante francés.

—¿Y qué tienen que ver los franceses con nosotros? — preguntó Lucio que no comprendía aquella intromisión extranjera en nuestros dominios.

—España — explicó el tío Sarampión—, ha pactado con Bonaparte ayudarle en sus guerras así como dejarse ayudar por él en las que hayamos de librar nosotros. Por eso vamos a unir nuestras fuerzas en la batalla que se avecina. Y ¡vive Dios! que me alegro de que intervengamos. Me han hecho muchas perrerías esos inglesotes.

Se quitó el gorro de piel que llevaba y mostró a Lucio una cicatriz que le interesaba media cabeza.

—¿Ves esto? — le preguntó—. Pues esto es una caricia de los cañoncitos de Nelson.

Se desabrochó la camisa y dejó al descubierto un hombro.

—Y esto otra bromita del mismo calibre. Y esto — añadió levantando la pierna de que cojeaba—, otra. Te aseguro, muchacho, que en cuanto pille una fragata inglesa por delante...

—Pero ¿va usted a ir también a esta guerra?

—Vaya si voy a ir. Ya me he ofrecido como voluntario.

Lucio le contempló con gesto en que se mezclaban la admiración y el asombro.

Mientras hablaban habían ido dando la vuelta al navío, por lo que ahora se hallaban en la parte de estribor, siendo así que habían entrado por la de babor.

Dieron otra vuelta y esta vez el tío Sarampión fué pronunciando nombres, al mismo tiempo que señalaba las diversas prominencias y huecos del navío. Así, diez minutos después, Lucio había aprendido muchas cosas. Sabía a qué se daba el nombre de alcázar, de tronera, de jarcia, de escotilla, de pañol, de arboladura, de gavia, de obenque, de brazas, de amantillos, de drizas. Por primera vez en

su vida, Lucio había dado una muestra de buena memoria. En una segunda vuelta fué designando las cosas por su nombre, ante la admiración de los marineros y el contramaestre que estaban de guardia en el navío, los cuales habían sentido tanta curiosidad al ver al flaco y estirado Lucio, como poco antes el tío Sarampión.

Este, que se apoyaba en el hombro de Lucio, se detuvo ante un cañón de la andanada de estribor y dijo, casi con lágrimas en los ojos:

—Este es el cañoncito de mis entrañas. Mírale: es fuerte como un león, pero fiel como un perro. Le dices: “pica allí”, y allí justamente clava el aguijón.

Y, llevado de un súbito arrebató, se abalanzó sobre el cañón y le besó repetidas veces, después de abrazarse a él como se hubiera abrazado al cuello de un perro querido.

Fué en este momento cuando entró en el barco Churruca.



V

EL GRAN CHURRUCA



A voz de un marinero, envió a ellos desde babor el mágico nombre.

—¡Churruca!

Y todos, menos el tío Sarampión, al cual el llanto habíale impedido oír el aviso, corrieron hacia el punto de la borda que el gran marino salvaba ya ligeramente.

Todos saludaron con la más perfecta corrección, pero Churruca, democráticamente, fué repartiendo palmadas y apretones de manos amistosos.

Y fué lo más sorprendente que, al ver a Lucio, tendió hacia él su blanca mano y dijo, acariciándole los cabellos:

—¡Hola, pequeño guerrero!

Lucio empalideció de emoción. Profundamente conturbado, sin saber lo que decía ni lo que hacía, se cuadró, saludó militarmente y repuso tratando en vano de ahuecar la voz:

—A la orden, mi general.

Todos los presentes se echaron a reir, incluso Churruca, el cual no se había oído nunca llamar general, y mucho menos con una voz tan cómica como la de aquel rapazuelo.

Pero Lucio no por eso perdió el entusiasmo que había invadido su alma.

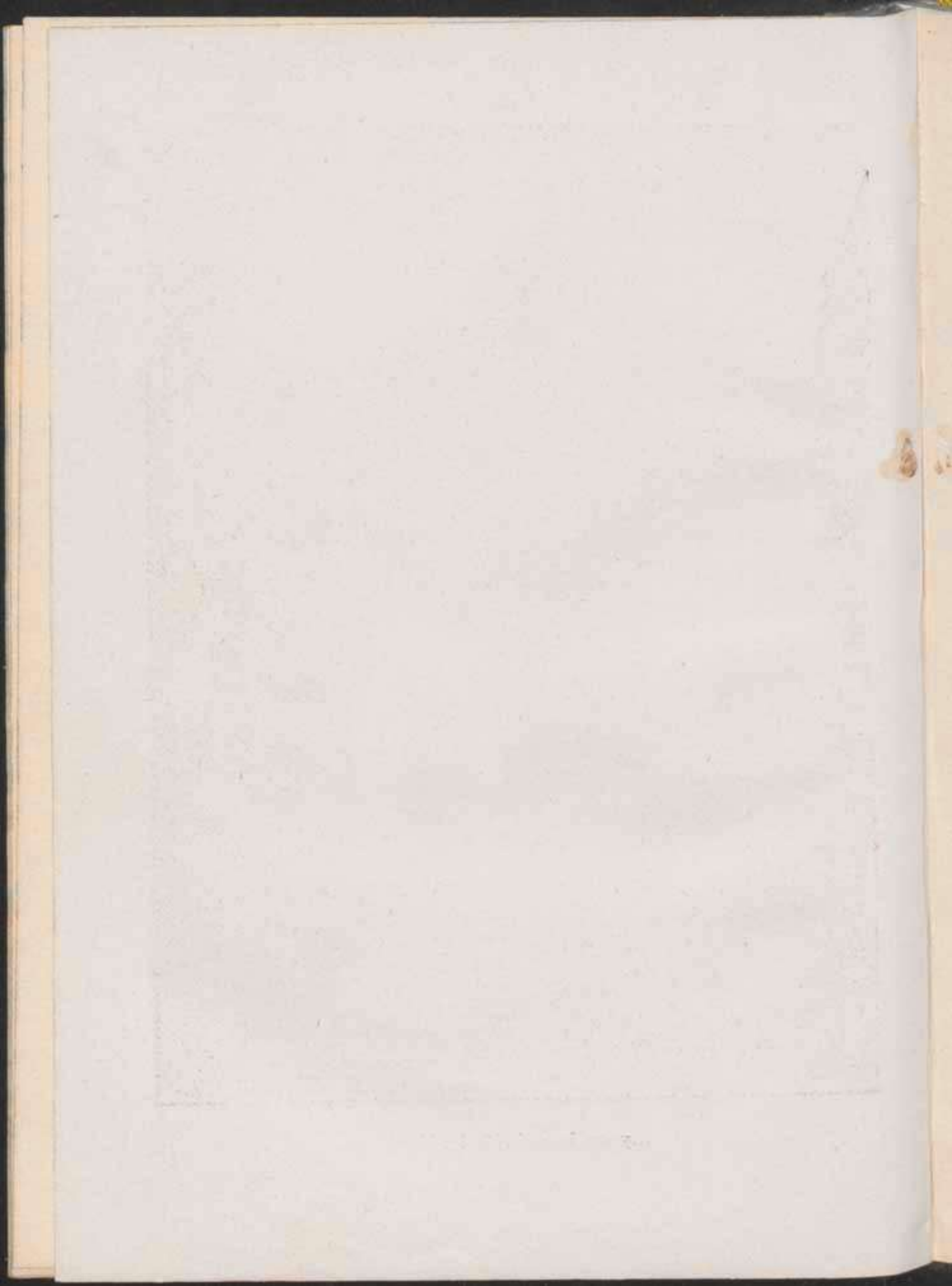
Churruca no sólo era magnífico en el fondo, sino que esta magnificencia se comunicaba a su aspecto. Su rostro era hermoso y simpático, azules sus ojos y de mirada un poco triste, abundantes y rubios sus cabellos. Su cuerpo, en cambio, era menudo y delgado. Más que un gran marino o un gran guerrero aquel hombre parecía un gran poeta. El tono de su voz, sus modales, su cortesía eran cautivadores en grado sumo.

El entusiasmo de Lucio se acrecentaba por momentos. El heroísmo y la sabiduría de aquel hombre eran doblemente meritorias por encerrarse en un cuerpo que aparentaba debilidad.

Tras haber saludado a los marinos, Churruca expresó sus deseos de dar al navío un



...y se la cubrió de lágrimas



vistazo general y los tripulantes de guardia se apresuraron a descubrir los cañones, las pequeñas barcas de salvamento y todo aquello, en fin, que pudiera poner de relieve el celo con que cumplieran con su deber.

En efecto, todo estaba limpio y en perfecto orden. Churruca felicitó a sus marineros y ya iba a descender a la cámara cuando su mirada tropezó con el jocoso pero enternecedor cuadro que ofrecía el tío Sarampión abrazado a su querido cañoncito.

Sonriendo un poco melancólicamente, el famoso brigadier acercóse al humilde barquero y le dió un suave golpecito en el hombro.

Cuando el tío Sarampión alzó el rostro y vió quién tenía ante sí, su emoción se acrecentó hasta el punto de que, hipando como un niño, cogió con sus dos manazas, la pequeña y delicada de Churruca y se la cubrió de lágrimas.

Después se puso en pie, se frotó los ojos con el reverso de la mano, se cuadró militarmente y dijo al mismo tiempo que su rostro adquiría una expresión de profunda gravedad:

—A la orden, mi capitán.

Y entonces Churruca le dirigió esta frase cordial y alentadora:

—¡Hola, mi viejo amigo! Supongo que estarás también a nuestro lado esta vez.

—Mientras quede un trocito de carne así en mi cuerpo, el tío Sarampión tomara parte en todas las batallas en que intervengan el *San Juan Nepomuceno* y su comandante.

Hizo una pausa y después preguntó:

—¿Salimos al fin en busca de los ingleses?

—Ven, venid todos conmigo a la cámara.

Y descendió seguido del tío Sarampión, de Lucio y de todos los tripulantes del *San Juan Nepomuceno*.

Una vez se hallaron en la cámara, Churrucá repuso a la pregunta que acababa de hacerle el tío Sarampión.

—Ya sabéis — dijo — que Napoleón está descontento de su almirante Villeneuve, el cual por ahora sigue siendo el encargado de dirigir esta batalla naval de franceses y españoles contra ingleses. Parece ser que Napoleón ha dicho francamente al almirante lo que sentía hacia él y que éste, avergonzado y humillado al ver reconocida su falta de pericia, quiere borrar sea como sea el mal concepto en que se le tiene. ¿Qué hacer para ello? El almirante sabe muy bien que en esta batalla se lo juega todo. Si fracasa, su desprestigio será tal que no tendrá más remedio que

desaparecer del mundo. Y si triunfa ¿será suficiente un acierto para borrar tanta torpeza como ha cometido? No. Pero ¿y si este triunfo fuera tan grande, tan vistoso, tan deslumbrador que bastara por sí solo para desvanecer cien fracasos? Esto es lo que ha pensado Villeneuve, esta es la única salida que ha visto a su lastimosa situación. Si realizara una gran hazaña podría recobrar su perdido crédito. Y eso es lo que va buscando. La semana pasada nos ha reunido a Gravina, al general Alava, a los jefes de escuadra Escaño y Cisneros, al brigadier Galiano, a dos almirantes y tres capitanes de navío franceses, y a mí, a bordo del *Bucentaure*. Nos expresó su pensamiento de que saliéramos en busca de los ingleses, en vez de esperarlos en la bahía y todos nosotros, los españoles, nos opusimos enérgicamente. En verdad, es una locura lanzarnos en busca de un enemigo que a todas luces es superior a nosotros. La escuadra de Nelson, es una escuadra en la que a la disciplina de los marinos, se une el gran talento del almirante y la perfección y abundancia de armamentos de que disponen. Nuestra gente, en cambio, es en general menos diestra; nuestro armamento, escaso e imperfecto, y nuestro almirante muy inferior, no

sólo al maravilloso Nelson, sino a nuestro genial y valiente Gravina.

Entonces el tío Sarampión dijo:

—Nuestro verdadero almirante es Churruca.

Pero el brigadier tuvo un gesto de modestia.

—Yo estoy bien donde estoy. En fin, el caso es que como nosotros combatimos con entusiasmo podríamos quedar en buen lugar, pero peleando a la defensiva. Nuestra táctica, de ser alguna, sería quedarnos en la bahía para obligar a los ingleses a hacer un bloqueo, lo cual les sería difícil por tener que atender al mismo tiempo a Tolón y a Cartagena. Esa debía ser nuestra táctica, pero Villeneuve se empeña en que salgamos y ¿qué hemos de hacer? Saldremos.

—¿Cuándo? — preguntó el tío Sarampión.

—Seguramente pasado mañana, el día diez y nueve.

Y Churruca se puso en pie al mismo tiempo que repetía:

—¿Qué vamos a hacerle?

Subió en silencio a cubierta y se fué por donde había venido después de hacer una cariñosa despedida a los tripulantes del *San Juan Nepomuceno*, incluyendo al tío Saram-

pión, puesto que ya lo consideraba como tal.

No tardaron mucho en seguirle el tío Sarrafián y Lucio en la barquichuela del primero.

El joven, antes de desembarcar, expresó al barquero una duda que le daba vueltas en el magín.

—¿No podría ser Churruca el comandante de la escuadra?

—Ya lo creo. Es nuestro mejor marino y de Villeneuve a él existe la misma diferencia que de una estrella al sol. Mira si será grande, que el mismo Napoleón le ha felicitado y premiado varias veces por sus éxitos en las diversas escaramuzas y combates en que ha tomado parte. Y, además, ¡qué gran corazón tiene! Es valiente hasta la temeridad y procura ocultarlo como si, por el solo hecho de propagarse, la valentía perdiese todo su mérito. Tiene a sus marineros por camaradas y los trata de igual a igual. Acaso porque es tan bueno abusan de él. Hace muchos meses que no ha cobrado su sueldo. Las cosas andan mal, verdad es; pero cuando se trata de un Churruca, y más en estos momentos en que tan grandes servicios pueda prestar a la nación, el primer desembolso del Estado debía ser el de su sueldo.

Lucio estaba estupefacto. Su rudimentaria inteligencia le presentaba como un problema indisoluble el hecho de que aquel hombre tan admirable y tan útil a la patria sufriera privaciones. Y aun añadió el barquero:

—Por si esto era poco, se ha casado recientemente y he aquí que en estos momentos de felicidad ha de poner su vida al servicio de la torpeza de ese Villeneuve.

—¿Y él irá a la guerra en este navío?

—Este navío fué siempre el que mandó Churruca. Es como cosa suya. Antes se hallaba en muy mal estado, pero, mediante una concesión especial, pudo modificarlo y repararlo a su gusto. Churruca ama al *San Juan* como amaría a un hijo si lo tuviera o como ama a la mujer a la que se ha unido de por vida.

—¿A qué mujer?

—¡Toma! ¿A cuál ha de ser? A la suya, a su esposa. A doña María de los Dolores Ruiz de Apodaca, sobrina del capitán general de la Armada.

—No sabía que era casado.

—Los niños — dijo el tío Sarampión con aire de suficiencia — no es extraño que no sepáis más de cuatro cosas.

—Es verdad — convino Lucio con gesto de

pesadumbre—, no sabe uno nada... ¡Tanto como me gustaría saber cosas, muchas cosas en estos momentos!...

El tío Sarampión cargaba la pipa cachazudamente. De súbito, volvió a oír la voz vehemente del muchacho.

—¡Dígame usted quién es Churruca, tío Sarampión! Dígame qué es y por qué es lo que es y cómo ha llegado a serlo, y... ¡todo! ¡cuénteme todo lo que se refiera a Churruca, tío Sarampión!

—Lo que tú quieres saber es su vida — tradujo el barquero sin extrañarse de que se deseara conocer la biografía de un hombre al que su sencillo corazón había convertido en ídolo.

—Eso es, su vida.

—Pues te la voy a contar porque la conozco con pelos y señales. De otra cosa no me preguntes, pero de las cosas del mar estoy tan enterado como de las de mi casa... Y Churruca es el héroe del mar, el español más enterado de las cuestiones marítimas ¿Como no le voy a conocer tan bien como a mi mismo?... Comprendo tu curiosidad y me satisface. Todos debían ser sus admiradores. Escucha, hijo mío...

Y el tío Sarampión, más entusiasmado aún que Lucio, contó así la vida del héroe...

* * *

Era el año 1761. En Motrico, pueblecito de Guipúzcoa, una noble familia tuvo un hijo al que dieron el nombre de Cosme Damián. El apellido del padre era Churruca, y el nacido el ser que había de dejar memoria imperecedera en la marina española.

Siendo muy niño aún ingresó en el Seminario conciliar de Burgos, donde comenzó a dar muestras de una inteligencia nada común, llamando también la atención de condiscípulos y maestros por su nobleza de corazón y por su espíritu de sacrificio y de justicia, cualidades estas últimas no muy propias de un niño de pocos años.

Y es que Churruca sólo tenía de niño el cuerpo. El carácter, los sentimientos, la inteligencia, parecían los de una persona mayor.

“El hombrecito” le llamaban los profesores y el calificativo no podía ser más exacto. Rara vez se le veía mezclado en los juegos de sus compañeros. Prefería permanecer en un rincón del jardín o en su pupitre, leyendo o

pensando. Parecía abrumado por graves problemas que su cuerpecillo infantil no podía soportar. Sin embargo, no adolecía del defecto de la jactancia, tan propio de las inteligencias precoces.

La naturaleza débil y enfermiza del niño contribuían a su modo de ser. Estaba por lo regular poseído de una tristeza que no era el estado de ánimo más a propósito para inducirle a tomar parte en las ruidosas diversiones de sus compañeros ni para entablar con ellos alegres conversaciones.

No conocía el egoísmo y si alguna vez se le vió disputar o reñir con algún alumno fué porque salió en defensa de la razón o del más débil.

Pero lo más extraordinario de aquel almita de persona mayor en un cuerpo infantil no era esta seriedad ni este espíritu de justicia, sino una inclinación que se había apoderado de su ánimo con una tenacidad sólo propia de las almas acostumbradas a soñar y a sentir.

Cuando Churruca dejaba que sus compañeros fueran al jardín a divertirse en las horas de recreo, quedándose él en la soledad de su pupitre, no era para estudiar la lección del día, ni ninguno de los libros que servían de

texto en aquel colegio, sino otras materias que a sus condiscípulos parecían raras y complicadas.

Eran libros de náutica los que absorbían su atención en aquellos momentos, y con tal afán los leía una y otra vez, que cuando los compañeros regresaban del jardín parecía despertar de un sueño.

Quería ser marino, quería ser navegante como aquellos que tanta gloria procuraron a su patria rompiendo el misterio del Atlántico y llegando, no al fin del mundo como se presumía, sino a un mundo nuevo y lleno de riquezas.

No era la aventura lo que le atraía sino la navegación, el mar, los barcos...

Sus sueños eran siempre los mismos. Velas desplegadas recortándose en el azul del cielo; blancas estelas de bergantines que se deslizaban viento en popa sobre inmensidad de las aguas y partían los mares con el filo de su quilla; y a veces, en ensoñaciones menos apacibles, el casco de una goleta con la arboladura truncada y brincando sobre las furiosas olas que le azotaban y lanzaban rugidos amenazadores, poniendo en peligro la vida de la tripulación.

Ni él mismo podía explicarse de dónde le

venía aquella obsesionante afición que representaba el ideal de su vida. Lo cierto era que la sentía en lo más hondo de su corazón y que estaba dispuesto a realizarla por encima de todos los obstáculos.

Un alumno mayor que él y que, si bien no le igualaba en inteligencia, sobresalía también de los demás, le oyó decir un día:

—Seré marino cueste lo que cueste. Mi camino está ya trazado y será inútil que quieran desviarme de él. Algo me dice en mi interior que yo he venido al mundo para ser marino.

Y estudiaba, estudiaba con afán aquellos libros que a los compañeros parecían laberínticos y raros.

Con los años, esta pasión, lejos de decrecer, aumentó hasta el punto de que, cuando había cumplido quince años — esto fué en el año 1776—, sus padres le dejaron poner en práctica cierto propósito del que les habló con gran empeño.

El propósito no era otro que el de sentar plaza de guardia marina y lo hizo en Cádiz, donde comenzó sus estudios náuticos con gran brillantez, terminándolos en el Ferrol.

En seguida fué alférez de fragata. El aprendizaje lo hizo en el navío *San Vicente* y después en la fragata *Santa Bárbara*, donde

tuvo ocasión de dar muestras de que, además de una gran inteligencia, poseía un valor y una serenidad que se imponía a los demás rasgos de su carácter.

Estábamos en guerra a la sazón con la Gran Bretaña, y la *Santa Bárbara*, al mando de don Ignacio de Alava, tomó parte en la batalla de Gibraltar, donde Churruca recibió su bautismo de fuego.

Allí surgió el héroe.

Inolvidables son las baterías flotantes que en aquella guerra se emplearon para combatir a los ingleses. Eran barcos de poco calado y bien acorazados, sobre los que descansaban numerosas piezas de artillería. Churruca era uno de los cinco mil hombres que operaban en la flota de baterías y tuvo ocasión más que sobrada para probar su heroísmo.

Cuando los ingleses comenzaron a lanzar sobre ellas balas incendiarias y algunas se convirtieron en una gran hoguera, el cuadro que se presentó a los ojos del héroe fué espantoso.

Los que escapaban al mortal lengüetazo de las llamas, caían en las revueltas aguas del estrecho y no se sabía qué era más impresionante: si los gemidos de los que debatían en medio del incendio o los gritos de socorro de los

heridos que habían tenido fuerzas para arrastrarse hasta la borda y arrojarse al agua que enrojecían con su sangre.

La guerra estaba perdida y no había que pensar en seguir atacando. Lo importante ahora era socorrer a aquellos desdichados que eran víctimas de su heroísmo y de su deber al tratar de reconquistar para su patria lo que le pertenecía y debemos recobrar.

Cien veces expuso su vida el joven alférez arrojándose al agua para conducir a las naves de socorro a los que, por huír del fuego destructor, se entregaban a las aguas voraces y rugientes, y cuentan que, a veces, incluso llegó hasta el borde de las baterías incendiadas, bajo la lluvia de proyectiles enemigos, para arrancar a las llamas una víctima.

Cuando los españoles volaron el resto de baterías flotantes para que no cayeran en manos de los ingleses, Churruca tenía en su haber de héroe una cifra considerable de acciones brillantes en las que expuso su vida más aún que los que fueron salvados por él.

Alguien dijo que la marina española tenía en sus filas un nuevo elemento para la inmortalidad. Comenzó a sonar su nombre en las altas esferas de la política y en las menos elevadas pero más vivas del pueblo. También en

el campo de la Ciencia tuvo ingreso el ilustre apellido. Esto, sin embargo, fué rechazado por Churruca. Le faltaba mucho para ser algo en la esfera científica. Su espíritu de justicia le impedía aceptar lo que juzgaba inmerecido.

Un amigo le oyó decir:

—Mis compañeros, en un rasgo de gentileza que yo no puedo menos de agradecer, me llaman hombre de ciencia. Y eso no es exacto. Yo, al mismo tiempo que agradezco tales muestras de bondad, rechazo la inexactitud de semejantes afirmaciones. Los estudios que hasta ahora he realizado, con mucha fe y con gran empeño y entusiasmo, verdad es, han sido los propios de quien soy, de un alférez de navío. De ahí a merecer un puesto en los altos planos de las ciencias hay mucho trecho. Paso por que me llamen buen compañero e incluso por que se mencione mi valentía al haber luchado sin vacilar por el salvamento de las tripulaciones de las baterías flotantes. Eso es verdad; yo nunca he sentido miedo cuando otros sentimientos más altos me han asistido. Pero no he realizado ningún acto que merezca una alusión a una ciencia que no poseo. Todo lo que hice antes de tomar parte en la desdichada campaña de Gibraltar fué dar mis opi-

niones contrarias al empleo de las baterías flotantes. Pero eso no tiene importancia; ¡cuántos que no tuvieran más título que el de ciudadanos habrán opinado lo mismo!

El compañero que le escuchaba estaba un tanto perplejo. Le parecía impropio la actitud de Churruca, mejor dicho, le parecía exagerada. En un rasgo de franqueza, le expuso lo que pensaba y sentía.

—Amigo mío, creo que tus apreciaciones son exageradas. Las alusiones que se han hecho a tus méritos con motivo de tu excelente comportamiento en Gibraltar, apenas se han relacionado más que con tu heroísmo, y aun eso, se ha reducido casi exclusivamente a los comentarios de tus compañeros.

—Felizmente, la cosa no ha pasado de ahí — repuso Churruca—, pero yo me siento tan abrumado como si el mundo entero hubiera tomado parte en las adulaciones. Me aterra el pensar que se crea que con mis actos en Gibraltar he perseguido ascensos y laureles... Sin embargo, algo bueno ha resultado de estos hechos para mí tan embarazosos, y es que me siento obligado a no defraudar a los que en un exceso de bondad han tenido para mí un exceso de alabanzas. Voy a procurar ser, si no un hombre, un hombrecillo de ciencia.

¿Qué menos puedo hacer para corresponder a mis amables aduladores?

—Si es así, me felicito de hallarme entre ellos.

—Ciertamente, tú has sido uno de los que más ruido has metido. Pero creo que me he vengado contando a todo el mundo que, con una herida en la cabeza iba dejando en el agua un reguero de sangre, llegaste a una batería flotante que se acababa de incendiar, subiste a pulso a cubierta, hiciste con trozos de tu camisa una ligadura en un brazo a un artillero que había perdido la mano derecha, y, otra vez a nado, emprendiste el regreso. La cruz que por tal motivo te dieron te recordará siempre eso de que “lo que no quieras para ti no lo quieras para los demás”.

—Vamos a terminar de referir el incidente — dijo el compañero regocijado de poder aplastar al contrario héroe—. Yo emprendí el camino de regreso con aquel desdichado al que había practicado una fuerte ligadura, pero como quiera que mi herida seguía manando sangre y que sin sangre un hombre no puede hacer nada a derechas, sentí de pronto algo así como si me dominara un sueño dulcemente entorpecedor y me quedé a medio camino, tragando agua y haciéndosela tragar al que lle-

vaba a cuestas. Entonces pasaba por mi lado uno que se llama Churruca y, aunque iba cargado con un herido, nos cogió como pudo a nosotros dos y comenzó a luchar desesperadamente con las olas, utilizando para nadar sólo los pies, pues las manos las necesitaba para mantener fuera del agua nuestras cabezas. El *tal* Churruca avanzaba a razón de cincuenta centímetros por minuto y tragaba más agua que un pozo. Si Churruca fuera franco, confesaría que estaba seguro de morir antes de llegar a la fragata, pero que esta seguridad no era suficiente para abandonar a sus compañeros. De pronto notó que algo caía delante de él. Era una cuerda que le habían arrojado desde la fragata. Sin duda, aquella cuerda representaba la salvación. Pero ¿cómo cogerla? No tenía más que dos manos y éstas las necesitaban sus compañeros para no hundirse. De pronto, tuvo una inspiración. Abrió la boca y asió con ella la cuerda fuertemente. Los del barco contaban después que, al tirar del cable, les parecía estar realizando la pesca de un pez gigantesco y que después, ya salvados los cuatro y en cubierta, costó gran trabajo a Churruca soltar la cuerda, pues había clavado en ella sus dientes hasta las encías.

Mientras el amigo refería todo esto, Chu-

rruca, un tanto confundido, trataba de quitar importancia a los hechos con gestos y exclamaciones despectivos proferidos en voz baja, y apenas el compañero hubo concluído de hablar, desvió la conversación por otros derroteros.

—Pues sí, he decidido convertirme en un hombrecillo de ciencia y pediré el traslado al Ferrol para realizar estudios superiores de matemáticas, mecánica y astronomía.

—Excelente idea. Si las *murmuraciones* han sido causa de esta determinación, repito que celebro hallarme entre los murmuradores.

Así terminó aquella conversación en la que se patentizaron con gran fuerza tres envidiables cualidades de Churruca: el heroísmo, la modestia y el amor al estudio, a la cultura y a la sabiduría.

* * *

Cinco años después los propósitos de Churruca se habían realizado. Es decir, se habían realizado algo más que sus propósitos, pues era un hombre de ciencia en vez del hombrecillo que se había propuesto ser.

Al mismo tiempo que realizaba con extraor-

dinaria brillantez los estudios superiores de matemáticas, de mecánica y de astronomía, tuvo a su cargo, como profesor interino, algunas clases en la Escuela Naval del Ferrol.

Ya estaba tranquilo Churruca. Los amables compañeros que le llamaron hombre de ciencia no tenían que avergonzarse de haber dicho ningún disparate. Churruca se hallaba ya en condiciones de sostener el halagador calificativo.

Pero había sucedido algo que, con ser muy natural resultaba un tanto paradójico.

En los cinco años transcurridos, los actos de los héroes de Gibraltar se habían ido olvidando y el nombre de Churruca se había apagado, después de brillar pasajeramente, durante aquel lustro de estudio y recogimiento.

Le llamaban hombre de ciencia cuando no lo era y ahora que merecía tal título nadie se acordaba de él.

No le importaba gran cosa este olvido popular al héroe de las baterías flotantes. El, cuando realizó aquellos actos heroicos, halló el premio en seguida y este premio fué la satisfacción de haber cumplido con su deber de marino y de haber acatado los mandatos de su conciencia. Churruca era el hombre de bien

perfecto, el que no necesitaba testigos para poner en práctica su generosidad.

Corría a la sazón el año 1788. Churruca era ya un hombre, e incluso estaba un tanto envejecido, pero sus ojos azules conservaban aun resplandores de pureza infantil y sus manos continuaban siendo blancas y limpias de vello. Donde los estudios absorbentes y el trabajo tenaz había dejado huellas más visibles era en sus espaldas un poco encorvadas, en su cuerpo delgado y en su rostro enjuto, pálido y de fino y agudo perfil.

Felicitándose estaba de aquel olvido en que parecía tenerle el mundo, pues su cuerpo y su espíritu necesitaban un poco de descanso, cuando recibió de sus superiores una llamada que le obligó a trasladarse en seguida a la Corte, donde le hicieron saber que había de partir en una expedición cuya finalidad era reconocer el estrecho de Magallanes, y aquel mismo año, en el mes de octubre, embarcó.

Mandaba la expedición don Antonio de Córdoba, el cual había destinado a Churruca, en compañía de don Ciriaco de Ceballos, el estudio de la parte geográfica y astronómica.

Un nuevo éxito para el heroico alférez. Hasta entonces sólo había tenido ocasión de lucir las galas de su talento y de su cultura en-

tre los compañeros del Ferrol, pero ahora estaban pendientes de sus trabajos todas las personalidades españolas de la ciencia, la marina, la navegación y la política. Los maestros de todas estas ramas del saber y de la cultura y los que tenían intereses en ellas, principalmente el Gobierno español, iban a examinar y a juzgar su obra.

Los resultados fueron más excelentes aun de lo que se esperaba. También se había encomendado a la expedición el reconocimiento minucioso del estrecho, estudiando sus mareas y corrientes y levantando el plano de sus puertos, y todo ello se realizó a la perfección, pero ningún informe pudo igualar en brillantez al que se refería a la parte geográfica y astronómica que estuvo a cargo de Ceballos y Churruca.

Al pueblo le interesaba la expedición desde otro punto de vista y veían en los hombres que la formaban un puñado de héroes que iban a seguir en parte la gloriosa ruta de Magallanes y El Cano en la primera vuelta alrededor del globo. Al conocer los nombres de los que iban a realizar la hazaña, Churruca fué recordado como uno de los más brillantes héroes de Gibraltar y otra vez su apellido pasó con entusiasmo de boca en boca.

Por consiguiente, el triunfo del alférez de fragata fué completo y, al regresar a su patria, halló el calor de la gratitud y admiración de los de arriba y del entusiasmo popular.

Sin embargo había una sombra en la vida de aquel hombre que ponía un freno a sus actividades. Su floja constitución acusaba los embates de cada nuevo período de trabajo excesivo. Las energías derrochadas en aquella expedición en la que por la falta de tiempo hubo de robar horas al sueño y al descanso, tuvieron sus consecuencias en el débil organismo del héroe, el cual, meses después de su regreso y cuando figuraba como agregado en el observatorio de Cádiz, tuvo que pedir licencia para trasladarse a su pueblo natal y reponer allí las fuerzas perdidas.

Grande fué su emoción al regresar a aquel pueblecito norteño de donde salió siendo aun casi un niño, ahora que era ya un hombre y gozaba de renombre y de la consideración general.

Otra vez volvieron a apagarse aquellos primeros centelleos de gloria y de popularidad a causa del aislamiento a que el héroe se sometió voluntariamente y otra vez la llama se avivó.

Sucedió esto dos años después, en 1792,

al constituirse una nueva expedición para levantar el mapa marítimo de América del Norte.

Churruca fué requerido para formar parte de ella, pero no ya en calidad de subordinado, sino de jefe supremo, de director único.

En el mes de junio de dicho año zarpó de Cádiz con los bergantines *Descubridor* y *Vigilante* y llegó sin dificultad a América, siguiendo también rutas gloriosas trazadas por los descubridores de su patria.

Montó en la isla Trinidad su observatorio e hizo de aquella comarca la base de sus operaciones y experimentos.

No fueron solamente obstáculos científicos los que tuvo que vencer, sino que se le presentó el problema importantísimo de defender la colonia, la cual estaba rodeada de tribus indias, algunas feroces y en estado completamente salvaje, que veían en aquel hombre blanco un temible y odiado enemigo.

Esto dió lugar a que Churruca desplegara sus condiciones de estratega y de caudillo, y contaban los que le acompañaron que nunca se limitaba a dirigir las operaciones de defensa en los traidores ataques de los indígenas, sino que, al mismo tiempo, se mezclaba con la vanguardia para responder a los mensajes de

las flechas envenenadas con los disparos certeros de su fusil.

De no sentir las tripulaciones enteras de *Descubridor* y *Vigilante* una verdadera adoración por su jefe, acaso Churruca no hubiera vuelto a España y su cabeza se habría convertido en trofeo de los salvajes enemigos; pero sucedía que siempre se hallaba rodeado y protegido por una barrera de soldados que no vacilaban en defender con su vida la de su querido jefe.

Churruca solía indignarse en estos casos y una vez llegó a ordenar que se quitaran de delante y le dejaran disparar libremente, pero entonces repuso uno de los que formaban la barrera protectora:

—Mi capitán, en esto hemos determinado no obedeceros.

—Eso es un acto de insubordinación.

—Sí, mi capitán, y son tan unánimes nuestros propósitos de rebeldía, que no hallaréis entre todos vuestros hombres uno solo que no esté de nuestra parte respecto a este punto.

—¡Y yo que llegué a creer que tenía a mi servicio amigos leales!

—Todos sentimos mucho desilusionaros, mi capitán, pero nuestra lealtad no es completa. Sabedlo de una vez para siempre. Os obe-

deceremos en todo y en cualquier momento, pero cuando os empeñéis en exponeros a las flechas de los indios, cometeremos la infidelidad de impedirlo. Así lo hemos acordado por unanimidad, en vista de que no atendéis el deseo general de dirigir las operaciones desde el campamento. ¡Viva la independencia, mi capitán!

Por toda respuesta, Churruca empujó con la culata del fusil al insurrecto, y como el soldado estaba de espaldas a él e inclinado hacia adelante, ofreciéndole un magnífico punto de apoyo, cayó de cabeza y dió una vuelta de campana.

Después del combate, es decir, después de la victoria, los insurrectos pasearon en hombros a Churruca por el campamento para desagraviarle.

En estas condiciones ¿cómo no iba a triunfar aquel hombre en cuyo espíritu se reunían todas las virtudes y todas las buenas cualidades?

En los dos años y cuatro meses que permaneció en la Trinidad hizo una cantidad de trabajo útil cinco veces mayor de lo que calculaban los hombres de ciencia más inteligentes y más expertos. La labor sorprendió además por su brillantez, pues, al volver el héroe a

España, había marcado el primer meridiano de América y guardaba en su cartera las cartas de las Antillas y de las islas de sotavento, aparte de una multitud de planos, datos y estudios que presentó al gobierno.

Una de sus observaciones astronómicas fué causa de que se rectificara la longitud de Puerto Rico.

Este período fué uno de los más gloriosos de su vida. Tuvo honores, premios, popularidad pública... Y cuando ya parecía haber emprendido definitivamente el camino de la cumbre, otra vez su precaria salud le desvió de él, apagando su fama durante más de dos años.

Ya repuesto de su última enfermedad, recibió el nombramiento de Mayor General de la escuadra cuyo mando correspondía a Mazarrón, y este puesto ocupó hasta que en 1799 ascendió a comandante del navío *Conquistador*.

Reinaba en él, a causa del abandono en que se le tenía, la indisciplina y el desorden, por lo que Churrua hubo de emprender una obra depuradora y de organización, logrando en poco tiempo que el navío *Conquistador* fuera un ejemplo de orden y disciplina.

Una cosa es preciso hacer notar. Para reali-

zar aquella obra expurgadora y reconstructiva, el nuevo comandante tuvo que proceder con energía e inflexibilidad. Menudearon los castigos y los que antes habían vagado tuvieron ahora que trabajar excesivamente para compensar el tiempo perdido. Sin embargo, Churruca no despertó una sola enemistad, un solo rencor. Todos se inclinaron al fin ante aquel hombre que hasta en la tiranía resultaba bondadoso.

Entretanto, el comandante no había cesado de escribir y publicar obras que explicaban sus trabajos, prestándoles nueva luz, o que exponían estudios y descubrimientos inéditos.

La obra de Churruca era abundante y, sin embargo, sabrosa como un extracto. Eran sus libros frutos jugosos y en sazón de la inteligencia en los que no había nada que se pudiera desechar al saborearlos.

Nada importante ocurrió en su vida desde entonces hasta el año 1805 fecha en que contrajo matrimonio con doña María de los Dolores Ruiz de Apodaca, hija del brigadier del mismo apellido y sobrina carnal del conde de Venadito, capitán general y director de la Real Armada.

Al realizar este matrimonio, Churruca no pensó ni siquiera por un momento aprovechar

la circunstancia de que su esposa fuera sobrina de persona tan ilustre e influyente. Por el contrario, tomó la determinación de rechazar toda protección que viniera por aquel conducto. Iba al matrimonio arrastrado por su gran corazón de hombre bueno, amante del bien y de la belleza, y no quería que este sentimiento fuera manchado por el interés.

Desde entonces hubo un nuevo resplandor en su vida. Antes sólo el trabajo le guiaba a Churruca a través del camino penoso de la existencia. Ahora, le acompañaba siempre una luz, la luz del amor correspondido santa y abnegadamente, la luz de la paz hogareña, bendito refugio en sus horas de cansancio.

Poco después de su matrimonio se le confió el mando del *San Juan Nepomuceno*. El navío se acababa de carenar y su armamento y arreglo interior corrieron a cargo del gusto y del talento de Churruca.

Por eso consideraba a aquel barco como cosa propia y sentía hacia él una inclinación que se confundía con el amor que se profesa a los seres vivos.

En aquella nave iba a tomar parte en la batalla naval que prestaría fulgores de oro a la historia de España.

Sin embargo, el heroísmo y el talento de

Churruca tendría el freno de su cargo relativamente modesto. No era jefe de escuadra como Gravina o como Villeneuve. Su mando y sus iniciativas tendrían que circunscribirse a los límites del *San Juan Nepomuceno* y su talento y su valor dependerían de órdenes superiores. Acaso habría desempeñado el puesto supremo de Almirante con más acierto que Villeneuve, pero nadie pensó en ello. Churruca era admirado por sus libros, por sus estudios, por sus investigaciones científicas. Tenía prestigio de sabio y no de guerrero. Además, su enfermiza constitución parecía incompatible con un cargo en el que había de desplegarse tanta energía.

Sin embargo, Churruca estaba destinado a ser el héroe de los héroes de Trafalgar.

* * *

Lucio se puso en pie para trepar al muelle, pero aun hizo la siguiente pregunta:

—¿Dice usted que se puede ir voluntario a las batallas navales?

—Como voluntario iré yo a la de pasado mañana.

—Está bien, tío Sarampión. Muchas gracias por todo.

Y, encaramándose al muelle, tarea que no le fué difícil dada la largura de sus brazos y el poco peso de su cuerpo.

VI

DE RAPAZUELOS A HEROES



ESPUÉS de comer, asaltóle el pensamiento de ver a Crispín para comunicarle ciertos proyectos que había concebido.

No estaba citado con Crispín ni tenía la menor noticia respecto a la situación del colegio en que tomaba lección a cambio de los servicios que prestaba, pero sabía dónde le podía ver.

En efecto, a media tarde se situó en el extremo de una calle que desembocaba en la bahía y allí esperó pacientemente hasta que vió aparecer a Crispín.

Uno y otro quedaron sorprendidos. Crispín llevaba un traje nuevo y se había lavado las manos y la cara. Lucio no estaba tumbado o

sentado en un portal, como de costumbre, sino que paseaba de un lado a otro de la acera impacientemente.

Por otra parte, Crispín no había lanzado al verle su habitual “quiquiriquí”.

De aquí que por todo saludo, lanzaron la siguiente exclamación de asombro:

—¡Crispín!

—¡Lucio!

—¿Te has puesto de gala?

—Sí — y añadió guiñando un ojo — es muy importante lo que pienso hacer. Y tú, parece que estás muy agitado.

—Mucho — respondió Lucio, y también guiñó un ojo para añadir: — Es muy grave la empresa que pienso acometer.

Se estrecharon en seguida la mano y se dirigieron hacia la costa, por cuyo borde comenzaron a pasear.

Fué Lucio el primero que dijo:

—Pienso embarcarme para tomar parte en la próxima batalla naval.

—¡Eso mismo me propongo hacer yo!

Y los jóvenes y joviales amigos echaronse a reir ante la coincidencia.

—¿Cómo piensas hacerlo tú? — preguntó Lucio.

—¿Yo? Pues... ya veremos. Seguramente



—¡ Crispín! ¡ Lucio!...

The first part of the paper is devoted to a general
 discussion of the problem. It is shown that the
 problem is equivalent to the problem of finding
 the minimum of a certain functional. This
 functional is defined as follows:

$$J(u) = \int_{\Omega} |\nabla u|^2 dx + \int_{\Omega} f(x) u dx$$

where Ω is the domain of interest, ∇ is the gradient operator, and $f(x)$ is a given function. The minimum of this functional is attained at a function u which satisfies the boundary value problem

$$\Delta u = -f(x) \text{ in } \Omega, \quad u = 0 \text{ on } \partial\Omega$$

where Δ is the Laplace operator and $\partial\Omega$ is the boundary of Ω . The existence and uniqueness of the solution of this problem is well known. The second part of the paper is devoted to the construction of a numerical method for the solution of this problem. The method is based on the finite element method. The domain Ω is divided into a finite number of elements. The solution is approximated by a function which is linear on each element. The minimum of the functional is then found by minimizing the functional over the space of all such functions. The error of the method is estimated and it is shown that the method converges to the exact solution as the number of elements increases.

me deslizaré furtivamente a bordo, me ocultaré y no saldré de mi escondite hasta que estemos bien lejos de la costa.

—¡Eso mismo he pensado hacer yo! — exclamó Lucio echándose a reír de nuevo. — De otra forma no nos lo consentirían. Somos demasiado jóvenes.

—Y no tenemos la menor instrucción militar — añadió Crispín.

—Pero somos valientes y entusiastas y prestaremos a la patria un buen servicio — exclamó Lucio llevándose una mano al corazón.

—Es verdad — convino Crispín — seremos útiles a España.

Y fueron unos instantes en silencio.

De pronto, manifestó Lucio:

—Pasado mañana sale la escuadra.

—¿Quién te lo ha dicho?

Lucio adquirió una actitud olímpica y repuso:

—Churruca.

Crispín quedó estupefacto.

—¿Has hablado con Churruca?

—Esta mañana — dijo Lucio fingiendo indiferencia.

—¿Dónde?

—En el *San Juan Nepomuceno*.

Y como Crispín no le creyera, Lucio le refirió detalladamente todo lo ocurrido.

—¡Entonces estamos salvados! — exclamó Crispín gozosamente—. Nos ocultamos y si cuando salgamos de nuestro escondite, pretenden imponernos algún castigo, pides que te lleven a presencia de Churruca y es seguro que él mandará que nos perdonen.

—Esta bien pensado — dijo Lucio restregándose las manos con júbilo.

—Así pues, es mañana por la noche cuando hemos de hacerlo todo.

—Sí, mañana por la noche.

—¡Mañana, mañana!... — dijo Crispín soñadoramente.

Y comenzaron a hacer proyectos. Toda la tarde estuvieron conjeturando los trances gloriosos en que se verían y la brillantez con que desempeñarían su cometido.

—Yo aplicaré la mecha a los cañones.

—Y yo apuntaré.

—Mientras colocan el proyectil en el cañón, no daré punto de reposo a mi fusil.

—Yo, durante esas treguas, auxiliaré a los heridos.

Cuando comenzó a anochecer, Crispín interrumpió la charla para decir:

—He de ir a dar mi última lección. ¿Me acompañas?

Lucio no iba a escuela ninguna desde hacía mucho tiempo, no sólo porque su madre no disponía de medios para costearle los estudios, sino porque el muchacho profesaba tal horror a los libros, que cuantas veces había probado a asistir regularmente a una escuela había enfermado de fiebres; pero aquella tarde Lucio estaba dispuesto a afrontar los mayores peligros y aceptó gustoso la oferta de Crispín.

—Vamos.

Se introdujeron en el laberinto de la ciudad y, después de cruzar unas cuantas callejas y callejones, llegaron a una plazuela en la que resaltaba un vetusto edificio donde todo era ruinoso y renegrido.

A la ventana faltábanle la mitad de cristales, los cuales estaban sustituidos por papeles. La pesada puerta estaba pintada de un color que se acercaba mucho al negro.

—Allí es — dijo Crispín.

Y se dirigió a la casa seguido de Lucio.

Entraron sin necesidad de llamar, pues una hoja de la puerta estaba sólo entornada.

A los ojos de Lucio presentóse una gran estancia que olía a humedad y estaba ilumi-

nada por dos agonizantes lámparas de aceite.

Los bancos formaban líneas paralelas que cortaban a trechos regulares el salón. Mapas, muestras caligráficas y otros cuadros instructivos pendían de las paredes, donde se veían escritos con grandes caracteres nombres ilustres: Demóstenes, Descartes, Moratín, Séneca...

En el fondo, debajo de las luces, había una plataforma y, sobre ella, una amplia mesa cuyas patas no conservaban la línea vertical.

Sentado a esta mesa, había un hombre de unos cincuenta años, calvo, con lentes y vestido de negro. Era tan delgado como Lucio; pero su delgadez se acusaba más que la del muchacho, pues el rostro era una serie de ángulos agudos y su tez tenía el matiz amarillo de los cirios.

Ante él veíase un enorme libro abierto en el que el maestro leía bisbiseando.

—Don Hilario — llámole Crispín.

Don Hilario levantó la cabeza, se alzó las gafas hasta la frente y exclamó:

—¡Hola, Crispín!

Después fijó una mirada llena de curiosidad en Lucio.

—Es un amiguito que no tenía nada que

hacer y yo le he invitado presumiendo que a usted no le sabría mal.

—¡Naturalmente, hombre! ¿Qué ha de saberme mal? Venid, venid los dos.

Los muchachos subieron a la plataforma y se colocaron al lado de la mesa, apoyando en ella las manos.

—¿Qué lección toca hoy? — preguntó don Hilario.

—Hoy, don Hilario, desearía que me hablara usted de la Patria — dijo Crispín.

Don Hilario se le quedó mirando fijamente.

—¿Cómo te ha venido esa idea a la cabeza?

Crispín fué a referirle sus proyectos, pero Lucio le dió un ligero golpe con el codo, que le hizo darse cuenta de lo peligrosa que hubiera sido su sinceridad.

De aquí que respondiera astutamente:

—Es que pasado mañana sale la escuadra combinada en busca de los ingleses y en la ciudad comienza a reinar la consiguiente agitación. La escuadra española está a punto de librar uno de sus más tremendos combates. El momento me parece adecuado para aprender lo que es la patria y el patriotismo.

—¿Y como sabes tú que pasado mañana sale la escuadra combinada?

Crispín se quedó perplejo, sin saber qué contestar, pero Lucio dando una prueba de ingenio sorprendente en él, se adelantó a decir.

—Acabo de decírselo yo, señor maestro. Yo, que he estado esta tarde en el muelle y atraído por un corrillo que discutía con calor, he aguzado el oído y me he enterado de todo.

—No me sorprende, no me sorprende...

Y don Hilario quedó ensimismado unos instantes.

—Lo esperaba, lo esperaba — dijo poco después.

Y tras otra larga pausa en que sus ojos permanecieron fijos en un ángulo de la mesa, exclamó:

—Hijos míos: la guerra es algo horrible, algo que nos remonta a épocas remotísimas en que la vida de un hombre valía tan poco como la de un insecto. Yo no puedo creer nunca que sea un acto noble el salir al campo o al mar para dar muerte a otros hombres que son en todo semejantes a nosotros.

Esos ingleses que la plebe denomina con cien calificativos insultantes y cuya muerte procuramos y anhelamos son hombres como nosotros, hombres que tienen hogares y afectos, seres queridos cuyos corazones palpitarán ahora con la misma zozobra que palpitan los

nuestros al saber que cientos y cientos de amigos, de hermanos, de padres, de hijos o de esposos se van a hacer a la mar en busca de la muerte. A lo mejor, dos seres que fueron siempre amigos se encuentran frente a frente con la obligación de matarse.

Es horrible, es tremendo que habiéndonos dotado Dios de los dones del razonamiento y de la palabra hayamos de discutir a cañonazos, procedimiento más feroz aun que el que usan las fieras de la selva para disputarse la posesión de una pieza cobrada. Es espantoso. Sin embargo...

Hemos sufrido muchas vejaciones de los ingleses. Son millares de españoles los que por culpa de ellos han sido pasto de los peces. Y eso...

Yo, hijos míos, os digo: no peguéis a nadie, pero no consintáis que os peguen; no provoquéis pero responded a las provocaciones; sed prudentes más no cobardes. Si los ingleses vienen sobre nosotros en son de guerra, me parece muy bien que les salgamos nosotros al encuentro. Yo mismo cogería un fusil y me embarcaría, si no hubiesen millares de hombres más jóvenes y más diestros que yo que me tomarán la delantera. Después de Dios, la Patria debe de ser nuestro amor más

grande y nuestro deber más ineludible. La Patria es nuestro suelo, nuestro alimento, nuestra riqueza y nuestra vida. La Patria es nuestro honor y nuestro refugio. Somos como pedazos de ella. ¿No merece pues que por su salvación demos nuestra sangre? Oídme bien, hijos míos: amad mucho la paz, pero no de-jeis nunca de amar a vuestra Patria; gran pecado es desear la muerte del ser ajeno, pero lo es mayor aun presenciarse con los brazos cruzados la ruina de nuestra Patria. Mal hacemos en desear la muerte del inglés, pero si el inglés viene hacia nosotros con ánimo de ofendernos y ofender a nuestra patria, hacemos bien, muy bien en cortarles el paso.

Se había puesto en pie. Su voz, al principio aguda y serena, ahora atronaba el espacio con profundas vibraciones. Tenía la faz descompuesta; sus ojos echaban fuego; sus brazos, semejantes a las aspas de un molino, se agitaban proyectando sombras movedizas por el suelo y por las paredes.

Crispín y Lucio estaban tan emocionados, que no acertaban a pronunciar palabra.

Y, como don Hilario callara también, obstinadamente, los muchachos se despidieron del maestro y salieron a la calle.

Era ya de noche.

La sombra reinaba por doquier. A lo largo de las callejas oscuras, se deslizaban las sombras furtivas de los transeúntes. En aquel momento parecióles a los pequeños patriotas que la ciudad habíase vestido anticipadamente de luto. Un inconfesado terror llegó a dominarles. Sin embargo, al despedirse, hallaron el valor suficiente para decir:

—Mañana a esta misma hora...

—Y en este mismo sitio.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.



VII

GRAVINA



El día siguiente, el tío Sarraampión relató a Lucio la vida de otro de los héroes que habían de tomar parte en la batalla de Trafalgar. Este nuevo marino español era de más categoría que Churruca, si bien no le aventajaba en talento ni en popularidad: se trataba de don Federico Carlos Gravina.

Nació en Palermo el día 12 de septiembre del año 1756. Era de familia noble y la buena posición de ésta permitió al vástago realizar los primeros estudios en su ciudad natal, sin estrecheces ni agobios de ninguna clase.

El resultado de estos estudios y de los que realizó después en el colegio Clementino de

Roma, fué muy brillante, y así fué como la inteligencia del futuro general de la armada lanzó sus primeros destellos.

Tenía diez y nueve años cuando sentó plaza de guardia marina en Cádiz, y una vez realizados los debidos estudios y prácticas, con gran facilidad, pues además de su capacidad para el estudio, profesaba gran afición a la carrera de marino, fué nombrado alférez de fragata y embarcó en la *Santa Clara*, de la escuadra del marqués de Casa-Tilly que se dirigía a las costas de América para conducir a la expedición del general Ceballos.

En la isla de Santa Catalina, donde ancló la escuadra, realizó Gravina algunas comisiones guerreras, dando allí las primeras muestras de su valor.

El 27 de febrero de 1777 la escuadra se hizo a la mar al anochecer y la *Santa Clara* se extravió y varó en un banco.

Gravina demostró entonces una nueva cualidad: la de la calma ante el peligro. Una vez convencido de que no podía salvar a la fragata, arrió los botes y en uno de ellos consiguió llegar hasta Montevideo con otros oficiales.

Resultado de aquel viaje y de otras acciones no menos meritorias, fué que se le nombrara

teniente de fragata y este cargo tenía cuando, al mando del jabeque *San Luis*, tomó parte en la batalla de Gibraltar. Tan heroico fué su comportamiento en esta acción de armas, que fué ascendido a teniente de navío.

Después de gozar del mando en jefe del apostadero de Algeciras y de demostrar su valor y su talento en algunas campañas contra los argelinos, partió de Cádiz capitaneando la fragata *Rosa* para conducir a Constantinopla a Susus Effendi, enviado otomano, y este viaje que careció de toda hazaña brillante, pues ningún enemigo se les interpuso, fué uno de los más provechosos para Gravina, pues realizó durante él, importantes estudios sobre los que publicó una memoria.

En el año 1789, siendo ya brigadier y mandando la fragata *Paz*, realizó una hazaña que le valió gran fama de marino. Condujo a Cartagena de Indias, al gobernador Joaquín Cañaberal, y como al mismo tiempo llevaba la noticia del advenimiento al trono de Carlos IV, quiso corresponder a la distinción que se le hacía confiándosele dos misiones tan delicadas y verificó el crucero más rápido que registrase los anales marítimos de aquella época.

Cuando dos años más tarde comenzaron los

moros a presionar la plaza de Orán, fué Gravina uno de los elementos que se envió allí para hacer frente a los indígenas.

Tenía el mando de las tropas de marina de desembarco y después de realizar importantes acciones en que, como siempre, se evidenció su valor, demostró una prudencia digna de elogio al solicitar el retiro de las tropas y el abandono de la plaza, por juzgar que lo que se perseguía no compensaría el sacrificio de hombres, tiempo y dinero que se había de hacer. Reconociéndolo así autoridades superiores, las tropas regresaron a Cartagena.

A poco fué ascendido a jefe de escuadra y entonces concibió el propósito de hacer un viaje cultural por Europa.

Obtenido el debido permiso, se dirigió a Londres, pero surgieron entonces diferencias con Francia y tuvo que volver para tomar el mando de cuatro navíos que se incorporaron a la escuadra de Juan de Langara, la cual unida con la inglesa, había de defender nuestros derechos.

Sabido es que las dos escuadras unidas se dirigieron sobre Tolón, que tomaron la plaza y la evacuaron. En todas estas operaciones se distinguió Gravina por su pericia, y de su intrepidez, habla muy claro el hecho de que

fuera herido gravemente en una pierna durante una de aquellas brillantes acciones.

Este heroísmo fué el que le valió ascender a teniente general y con tan alta graduación se dirigió en el año 1794, al mando de una escuadra a defender las plazas de Colliura y Portvendras, hostilizadas a la sazón por el enemigo.

Al llegar vió que estaban ya tomadas por las tropas rivales y se retiró a la bahía de Rosas. Por causas que sería prolijo enumerar, las tropas españolas se dejaron dominar por el pánico y entonces fué cuando Gravina hubo de demostrar su gran temperamento de jefe, imponiéndose a las mismas y restableciendo el orden con continuos ejemplos de valor y serenidad.

La plaza de Rosas en que ahora se hallaba, estaba sitiada por un enemigo muy superior en número y la capitulación era inevitable, pero Gravina realizó el prodigio de resistir durante dos meses y medio los terribles ataques del enemigo, dando tiempo a que nuestro ejército se reorganizara y rindiendo la plaza de un modo que podía calificarse de brillante derrota, pues cuando ésta sobrevino la mayor parte de la guarnición se habían retirado en perfecto orden a los buques de la escuadra.

Por este motivo, fué premiado por el Rey, que le nombró gentil-hombre de cámara.

Poco tiempo después Juan de Langara dejó su puesto de general en jefe de la escuadra y se le otorgó a Gravina, el cual llegó así a la cumbre de su carrera.

Sobrevino la guerra con los ingleses y se le confió el mando de la escuadra del Océano, pero entonces Gravina, demostrando una nobleza y una hidalguía que se comentaron favorable y calurosamente, solicitó que se cediera su puesto al famoso general Mazarredo, dejándole a él de segundo jefe.

Quiso Gravina participar del descanso de la patria y pidió licencia para ir a visitar a su padre.

Se le concedió — ¿quién podría negársela al gran Gravina, el cual, además, era la primera vez en su vida de guerrero y de marino que la solicitaba? — se le concedió, decíamos, y pasó con sus padres una larga temporada.

Pronto le llamaron de nuevo los deberes de su cargo y fué nombrado embajador en París, adonde se trasladó.

Ya había tenido ocasión de demostrar sus condiciones de diplomático cuando estalló de nuevo la guerra con los ingleses y tuvo que

volver a Cádiz a tomar al mando de la escuadra.

Unióse ésta con la del general Villeneuve y marcharon ambas sobre la Martinica, isla que tomaron, así como el fuerte del Diamante, tras cuya acción regresaron a Europa.

Después de varias escaramuzas con los ingleses, se hallaba en Cádiz dispuesto a tomar parte en la gran batalla naval que se preparaba y decidido a dejar bien sentada su fama de marino experto y esforzado.

* * *

Era por la mañana cuando tuvo lugar esta conversación de Lucio con el barquero en el puerto donde se alineaban los barcos cuyos nombres habían de pasar a la Historia, unidos a los de los héroes de Trafalgar.

La bahía de Cádiz, curva encantadora desde donde se columbraban las numerosas torrecillas de la ciudad, nota típica de la *Tacita de Plata*, y los edificios de una blancura tan deslumbrante como la de las gaviotas magníficas, respiraba limpieza y orden. Todó allí, lo mismo que en la ciudad, estaba limpio y cuidado.

Estas consideraciones hacía Lucio mentalmente desde el bote del tío Sarampión y como

a éste le llamara la atención aquel ensimismamiento y le preguntara en que pensaba, el muchacho contestó:

—Pensaba en nuestra ciudad y me decía que vivo en un escenario donde, a pesar de venir desarrollándose grandes hechos que dejarán en la historia sus huellas sangrientas, todo parece sonreír.

—Algo más tiene nuestra ciudad — dijo el tío Sarampión—. Sabe, amiguito, que esta fué la primera tierra de España donde brilló la civilización. Hace cuatro mil años, cuando la península estaba en manos de los iberos, seres en estado completamente salvaje, que construían míseros refugios de ramas y troncos a las orillas de los ríos, que iban casi desnudos y vivían de la caza y de la pesca como hacen ahora algunas tribus salvajes de Africa y América; hace cuatro mil años, repito, los fenicios, reyes de la navegación y de la cultura en aquella época, llegaron a estas costas en sus continuas excursiones por el Mediterráneo y fundaron una colonia a la que dieron el nombre de Gádiz. Habían quedado prendados de la fecundidad de nuestro suelo y de la delicia de nuestro clima y aunque su intención era solamente comerciar y fundar un puesto que sirviera de punto de intercambio con los

indígenas de la península, aprovecharon esta bendita tierra y sembraron especialmente olivos de cuyo fruto extraían aceite. Los indígenas tenían aversión a los extranjeros, pero la astucia y diplomacia de los fenicios supo captarse pronto su simpatía y les dejaron explotar la tierra y se dejaron explotar ellos mismos en un comercio desigual, pues los colonizadores cambiaban trozos de tela y otras mercancías por el oro que abundaba en nuestro suelo y que nuestros remotos antecesores extraían ignorando su valor. La colonización fenicia se extendió por el suelo andaluz y la explotación comercial duró muchos años, pero en cambio dejaron aquí sus enseñanzas y su cultura, adiestrando al indígena en la agricultura y en algunas industrias y ofreciéndoles preciosas telas que inculcó en ellas el deseo de vestirse. Una de las cosas más importantes que aprendieron los iberos fué la extracción del aceite de la oliva. He aquí, amiguito, cómo nos hallamos en la ciudad más antigua de España, ciudad que tiene el honor de haber sido la puerta por donde penetró en la península la cultura. Su situación estratégica le ha permitido ser más tarde algo así como el punto de unión con la lejana América y de aquí a sus costas se tiende un lazo de fraternidad.

Con razón podemos estar orgullosos de haber nacido en Cádiz.

Su alma de niño temblaba de emoción. También él se hallaba ante una gran aventura, también él quería ser héroe y merecer aunque sólo fuera una línea en la Historia... ¡La Historia!... ¡Qué emoción tan nueva y tan profunda tenía ahora esta palabra para Lucio! Las palabras del tío Sarampión le habían abierto los ojos a un mundo nuevo y brillante, fascinadoramente evocador, que despertaba en él anhelos de investigación y de estudio.

Pero era la hora de comer y el estómago, la materia, se impuso al efluvio espiritual de los ensueños.

Y Lucio se despidió del tío Sarampión y se fué a comer.

VIII

LA PELIGROSA AVENTURA



RA ya completamente de noche cuando se reunieron Crispín y Lucio, que sentíanse animados por un extraño vigor. En sus corazones no había el menor vestigio de miedo ni de debilidad.

Se estrecharon fuertemente la mano y echaron a andar hacia la bahía.

Cuando llegaron al muelle, un hermoso espectáculo les tuvo clavados en el suelo por un instante. Las luces de cuarenta y dos navíos parpadeaban sobre el fondo oscuro del cielo. El agua se estremecía con sonoros rumores y chapoteaba suavemente contra los cascos de las naves.

Conforme se iban aproximando, fuéronse dando cuenta de que la empresa presentaba grandes dificultades. En las naves de guerra reinaba gran animación. Oíanse conversaciones y risas y ese trajín característico de un trabajo hecho con afán. Sin duda, preparaban las municiones de guerra y limpiaban las armas.

—No podremos deslizarnos sin que nos vean — dijo Lucio.

—Por ahora no hay que pensar en ello — repuso Crispín—. Es preciso esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que se acuesten. ¿Crees que van a pasar toda la noche así?

—Es verdad. Pero, mientras tanto...

—Mientras tanto pasearemos.

Así lo hicieron, Lucio con la mirada fija en el suelo, Crispín con la vista en el espacio.

Era solemne la noche. El bullicio de abajo no hallaba ecos arriba, en el infinito, donde las estrellas temblaban silenciosamente. Una inmensa y fría paz había envuelto el mundo. Sólo de vez en vez el aire era agitado por blandas ráfagas marinas.

En los corazones, tiernos aún, de Crispín y de Lucio palpitaba un confuso heroísmo mezclado a una fuerte curiosidad.

Lucio pensaba en Churruca, en aquel héroe silencioso y de romántica apariencia al que el mismo Napoleón consideraba un héroe y un genio, y, unida a esta imagen, vagaban por su mente cien visiones vagas, vestigio del sueño que tuviera dos noches atrás.

Crispín, en cambio, pensaba en Nelson, en el almirante inglés considerado por todos como el más grande marino de la época. Don Hilario habíale hablado muchas veces de él y sabía perfectamente hasta donde llegaban sus méritos, sus dotes excepcionales de guerrero y de marino.

Nelson, desde lo alto del puente de su fragata favorita, abarcaba de una sola mirada al enemigo y concebía en el acto el plan de ataque más eficaz. Sus órdenes eran siempre atendidas con rapidez y destreza. En cada marino, tenía un servidor inteligente y fiel.

Sin hacer el menor movimiento, conducía a capricho y con admirable seguridad cincuenta fragatas a la vez.

Nelson era sencillamente incomparable.

Más de dos horas estuvieron Lucio y Crispín paseando a lo largo de la muralla.

Al fin la mayoría de las luces se apagaron y cesaron los rumores que surgían de las naves de guerra.

—Ha llegado el momento — dijo Crispín—. Los marineros duermen.

Lucio, por toda respuesta, se dirigió hacia la orilla del muelle, pero su compañero le detuvo.

—¿Se te ha ocurrido traerte algo para comer?

—No. ¿Qué falta nos hace?

—Son muchas las horas que hemos de permanecer en nuestro refugio. Sin comer no las resistiríamos. Toma.

Y extrajo de entre sus ropas nuevas un gran trozo de pan que dividió en dos partes iguales, entregando una de ellas a Lucio.

Este se guardó el pan en el pecho y dijo escuetamente:

—Vamos.

Llegaron al punto donde, en la mañana del día anterior, Lucio estuviera dialogando con el barquero amigo de Churruca. Allí estaba aun su barca. El, sin duda, estaría a bordo del *San Juan*.

En voz baja, Lucio invitó a Crispín a que le siguiera y saltó a la navecilla.

Desligaron la amarra y Lucio empuñó los remos. Llegaron al *San Juan* y, pegados al casco, avanzaron hasta que dieron con una cuerda por donde poder subir.

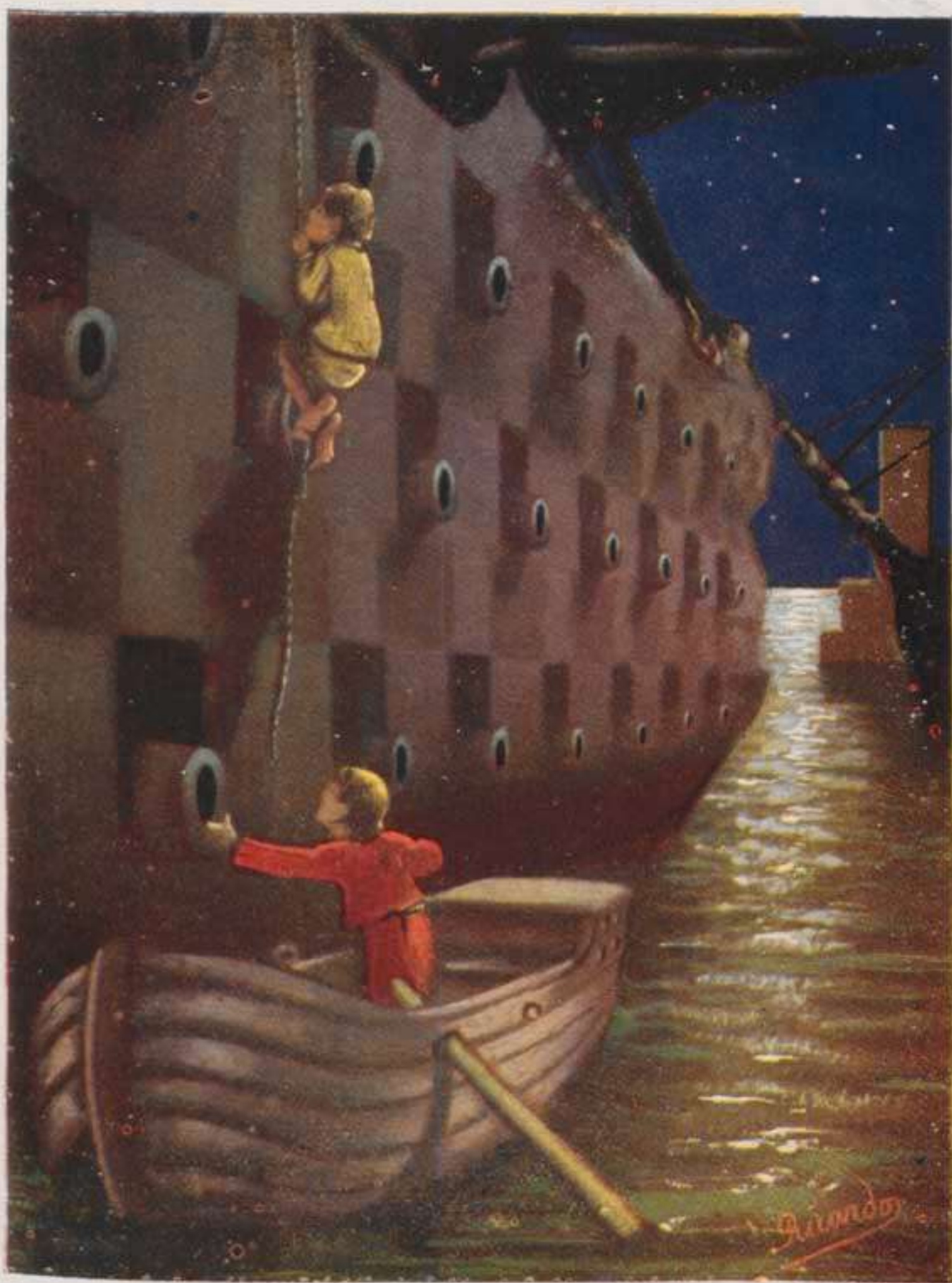
Dejando los remos, Lucio susurró al oído de Crispín:

—Subiré yo primero y después, cuando hayas supuesto que ya he hallado un sitio para esconderme, tú. Así hay menos peligro de que nos descubran.

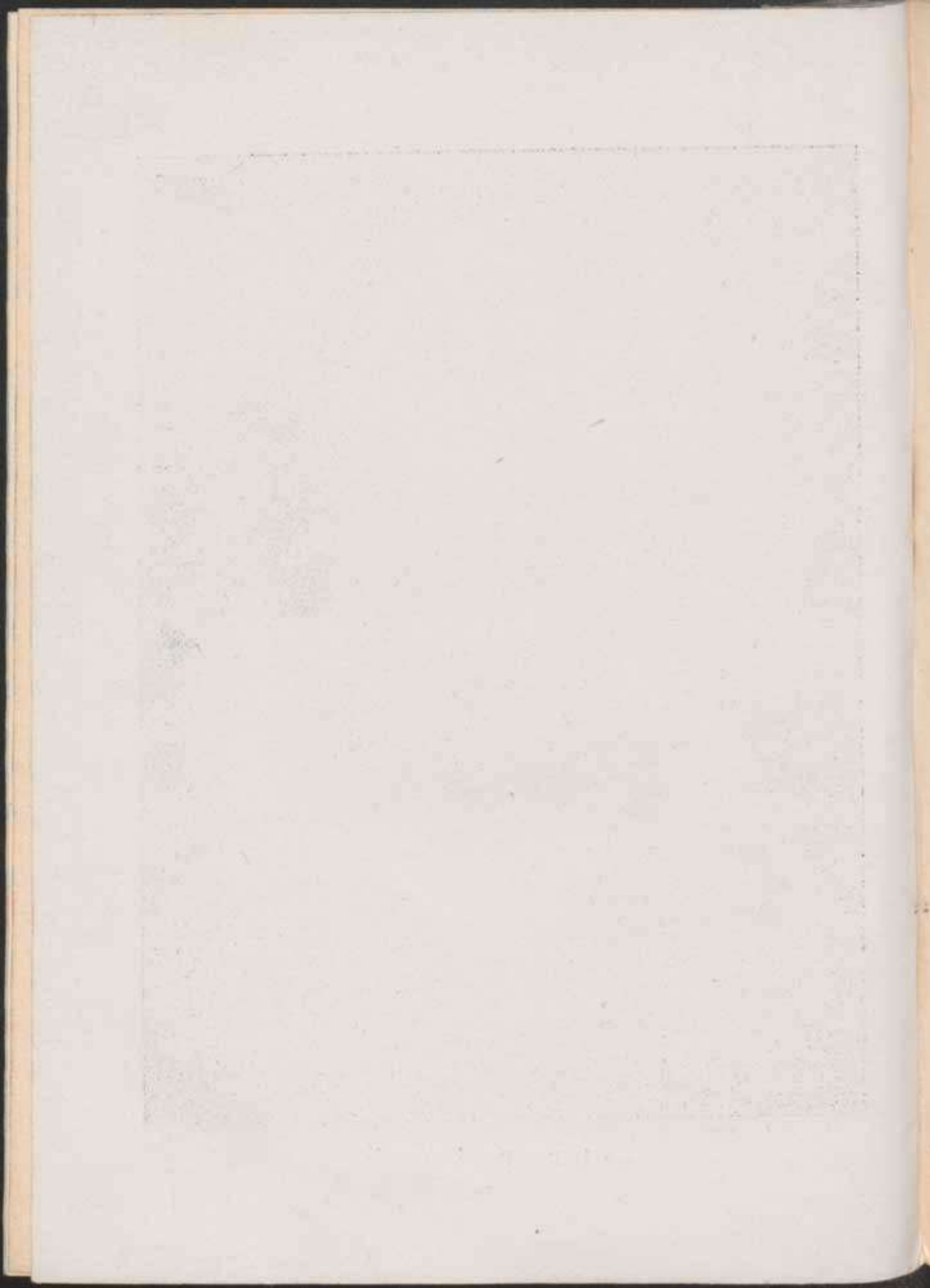
Inmediatamente comenzó a trepar por la cuerda y Crispín le vió salvar la borda y desaparecer.

Este permaneció un buen rato de pie en el bote y asido a la cuerda. Al fin, suponiendo que ya su camarada estaría en sitio seguro, dió un salto con intención de disminuir la altura que habría de subir a pulso. He aquí su error. Midió mal las distancias y sus manos, en vez de coger la cuerda, dieron un zarpazo al navío, por lo que su cuerpo cayó ruidosamente sobre la barca.

Inmediatamente se dió cuenta del peligro. Los centinelas se asomarían a la borda y le darían el alto. En efecto, ya oía pasos precipitados en la cubierta. Con súbita inspiración se arrojó al agua y nadó silenciosamente pegado al casco de la nave. Dió la vuelta por la popa, ganó la del navío que estaba al lado del *San Juan* y siguió nadando por la parte que no podía verse desde la nave en que había conseguido ocultarse Lucio.



...a trepar por la cuerda...



La providencia le deparó la cuerda y Crispín pudo subir fácilmente a la cubierta del navío.

Era un barco gigantesco y ello facilitó su empresa. Unos hombres hablaban en la proa, pero era imposible que desde allí le descubrieran.

Deslizándose, a rastras, llegó a una barquichuela que estaba cubierta por una lona y, levantando el lienzo, se introdujo en ella.

Con el tacto, descubrió que tenía a mano un uniforme de marino, acaso viejo, pero que en aquel instante iba a prestarle una gran utilidad, pues sus ropas chorreaban.

Se cambió de traje, se comió un trozo de pan, que por cierto estaba saladísimo y tan mojado como sus ropas y se tendió cuan largo era.

Estaba fatigado. Su imaginación comenzó a anticiparle escenas de batallas navales, pero pronto se cerraron sus párpados y se quedó profundamente dormido.

IX

LA PARTIDA



UN gran estruendo de cadenas le despertó. Le costó percatarse del lugar en que se hallaba, pero al fin recordó las aventuras de la pasada noche y supo que su refugio era un bote, seguramente de salvamento de un gigantesco navío perteneciente a la escuadra combinada que iba a batirse con los ingleses

Por entre los resquicios de la lona penetraba una débil claridad de color azulado. Crispín comprendió que amanecía. Lo que no supo a qué atribuir fué aquel ruido que le había despertado, las voces y las carreras que oía a su alrededor y el movimiento que había adquirido el bote en que se ocultaba.

Después de pensarlo mucho, se aventuró a levantar la lona y a asomar parte del rostro.

El asombro le hizo perder la prudencia. El navío era mucho mayor aun de lo que se había imaginado. La cubierta era grandiosa; el alcázar, un magnífico castillo de hermosa construcción y proporciones extraordinarias; los palos, altísimas columnas que parecían llegar al cielo.

Al punto comprendió que se hallaba en el *Santísima Trinidad*, el navío mayor de la escuadra combinada.

Dirigió la vista más allá de la borda y advirtió que un sinnúmero de velas se desplegaran hinchándose al impulso de las ligeras ráfagas marinas.

La escuadra partía en busca de los ingleses.

Emocionado, se retiró al fondo de su cobijo y allí permaneció durante toda la mañana.

Por los comentarios que llegaban confusamente a su oído, supo que el comandante del *Trinidad* era don Francisco Javier de Uriarte y que en el navío iba también el jefe de escuadra don Baltasar Hidalgo de Cisneros.

Promediaba el día cuando, tan cerca de él que a buen seguro los que hablaban estarían

apoyados en el bote de salvamento, oyó que una voz delicada decía:

—Pues señor, voy de desgracia en desgracia. No sólo se ha puesto mi paje enfermo y he tenido que venirme sin él, sino que me ha faltado tiempo incluso para aprovisionar mi saco de viaje. No tengo más ropa que la que llevo puesta.

Cuando Crispín oyó estas palabras, tuvo una súbita inspiración. Levantó la lona y se puso en pie en el fondo del bote, cosa que ya iba haciéndole falta, pues llevaba más de doce horas sin dar a su cuerpo la posición natural.

—Yo puedo servir de paje, señor.

Como el viejo uniforme que había encontrado en el fondo del bote le venía grande, tenía un aspecto grotesco que hizo prorrumpir en carcajadas al caballero que había hablado.

Era este un hombre joven, pulcramente ataviado con un uniforme de oficial y de apariencia romántica y rostro casi femenino de tan hermoso.

El que le acompañaba era también un oficial de gallardo aspecto y peluca cuidadosamente empolvada.

El de rostro afeminado invitó a Crispín a salir de la barca y después de hacerle algunas

preguntas acerca de las causas que le habían movido a deslizarse furtivamente en el *Trinidad*, le condujo a presencia del comandante del navío, don Francisco Javier de Uriarte.

Celso Miranda, que así se llamaba el oficial, explicó al comandante lo ocurrido y solicitó el perdón para el muchacho, obtenido el cual, se llevó a Crispín a su camarote para que le empolvara cuidadosamente la peluca.

Toda la tarde estuvo Crispín dando vueltas por el navío para examinarlo todo a su sabor.

La cubierta estaba llena de serrín y los cañones asomaban sus mortíferas bocas por las troneras. El día había sido hermoso. En el cielo no dejó de brillar un espléndido sol y la escuadra se deslizaba sobre el mar tranquilo lenta y majestuosamente.

La escuadra se componía de treinta y dos navíos, cinco fragatas y dos bergantines, los cuales formaban cinco grupos: la vanguardia, el centro, la retaguardia y la reserva. Esta última estaba constituida por dos columnas.

Crispín no desperdició en toda la tarde ocasión de enterarse de ciertos pormenores de la escuadra.

Supo que Gravina mandaba el *Príncipe de Asturias*, que Villeneuve, el almirante, iba en el *Bucentauro*, que el navío de Alava era el

Santa Ana y que Churruca desempeñaba su mando en el *San Juan Nepomuceno*, su nave querida.

Cuando se hizo de noche perdieron de vista a Cádiz. El mar seguía en calma y el cielo estaba despejado.

Afortunadamente, Celso Miranda, era uno de los oficiales que habían de hacer la guardia hasta las dos de la noche, y Crispín pudo permanecer unas horas más en cubierta.

Requerido por su amo, descendió al camarote para empolvarle de nuevo la peluca y para lustrarle las botas.

Si esto hace mi amo en momentos tan críticos, ¿qué será el día que vaya de boda? — pensó Crispín.

—Sígueme con ese escabel — le ordenó saliendo del camarote.

Crispín obedeció. Subieron ambos a la cubierta y el oficial se sentó en el escabel junto a la obra muerta, mientras el paje hubo de permanecer en pie a su lado.

Muy poca gente quedaba en pie. La cubierta del navío estaba casi desierta. A un lado y a otro del *Trinidad*, detrás y delante de la nave veíanse las luces de los demás barcos de la escuadra.

Al ver que su amo echaba hacia atrás la

cabeza y entornaba los ojos soñadoramente, Crispín se preguntó:

—¿Irá a dormir mi amo?

Mas al punto se dió cuenta de lo erróneo de su hipótesis.

El oficial don Celso Miranda, movió primero la cabeza de un lado a otro, abrió la boca y lanzó al aire la primera nota de una canción italiana.

Su voz era bella y atenorada. Crispín no tenía predilección por la música pero soportó impasible los cantos sucesivos con que su amo amenizó el momento.

Ya muy entrada la noche, vinieron a anunciarle que podía retirarse a descansar.

Crispín lanzó un suspiro de satisfacción y se apresuró a seguir a su amo.

Antes de conciliar el sueño, dedicó un pensamiento a Lucio, el buen amigo que navegaba a bordo del *San Juan Nepomuceno*.

¡FUEGO!



MANECIÓ el día veinte. Los navíos de la escuadra combinada avanzaban ahora con una mayor celeridad porque soplabá un fuerte viento.

El oficial Miranda y Crispín se levantaron cuando ya el sol iluminaba el mar plenamente.

“¿Y los ingleses?”, se preguntaba Crispín. “Llevamos más de veinticuatro horas navegando y navegando, y el momento del combate no llega”.

Una vez hubo empolvado cuidadosamente la peluca de su amo, le pidió permiso para vagar a su capricho por la cubierta y las distintas dependencias de la nave. Obtenido el con-

sentimiento, comenzó a pasear de un lado a otro, deteniéndose allí donde veía un grupo reunido.

No sacó en limpio sino que Villeneuve continuaba haciéndolo tan mal como de costumbre, y que iban a un fracaso seguro.

El almirante francés, antes de partir, había reunido a los capitanes de los diversos navíos para manifestarles que en el momento de la batalla podía hacer cada uno lo que conviniera.

Se enteró también Crispín de que, al frente de la escuadra enemiga, no iba solo Nelson sino que le acompañaba Collingwood, otro gran marino.

Todo el día pasaron en esta ansiosa espera.

Don Celso Miranda estuvo también paseando por la cubierta durante la mayor parte del día sin más objeto que el de lucir su garbo.

Anocheció y, una vez hubieron cenado todos, comenzaron de nuevo los turnos para la guardia.

También el oficial Miranda requirió la compañía de Crispín y, sentándose en su escabel al lado de la borda, comenzó a cantar con su dulzona voz las más exquisitas canciones de amor y galantería.

Pero esta noche sucedió algo que no había ocurrido la pasada.

No sólo Celso de Miranda prolongó más de la cuenta su acto de concierto, sino que Crispín, casi de madrugada ya, cuando la fatiga empezaba a dominarle hasta el punto de que le era muy difícil mantener los ojos abiertos, columbró en el horizonte una serie de vagas lucecitas.

—¡Los ingleses! — exclamó con una emoción que, a pesar suyo, tenía mucho de miedo.

Levantóse don Celso y estuvo un instante contemplando aquellas luces que se columbraban en el horizonte. Después dijo tranquilamente:

—Esos barcos tardarán seis u ocho horas en llegar a nosotros.

Y volvió a sentarse en el escabel y entonó la última canción del concierto.

Después, con heróica indiferencia, dirigióse a su cámara haciendo que le siguiera Crispín.

El pobre muchacho, incapaz de disimular su agitación, se mantenía en pie a duras penas.

De buena gana hubiera comenzado a dar gritos anunciando la proximidad de las fragatas inglesas, pero al punto comprendió la

inutilidad de su intento: de los doce o catorce hombres que formaban la guardia, ni uno solo había dejado de advertir la aparición de las terribles luces y ninguno tampoco daba muestras de sentir la menor excitación.

Fuéronse a acostar señor y paje, pero este último no durmió. En su imaginación continuaba indeleble la visión de las vagas y lejanas lucecitas.

Ya muy entrada la mañana el paje entró en el camarote de su dueño y le despertó. Don Celso Miranda vistióse tranquilamente, cuidando incluso más que los pasados días de su peculiarmente minucioso acicalamiento.

Dijérase que, en vez de un combate, era la celebración de una fiesta palaciega lo que se aproximaba.

Cuando se asomaron a la cubierta, presentóse a los ojos de Crispín un cuadro que no olvidaría en su vida.

Los proyectiles, tan gruesos como la cabeza de una persona, formaban pequeños montículos al lado de los cañones, limpios y engrasados.

Las voces de mando, las campanadas, los pitidos se sucedían, componiendo una algarrabía ensordecedora. Al lado de cada cañón había dos hombres y otros trajinaban con las

cuerdas y subían y bajaban por los palos.

En el alcázar, don Francisco Javier de Uriarte, el comandante del buque, daba órdenes con magnífica serenidad y don Baltasar Hidalgo de Cisneros, el jefe de escuadra, andaba por la cubierta confundiendo modestamente con la oficialidad y los simples marineros.

Al dirigir la vista hacia la popa y hacia la proa, dióse cuenta Crispín de que la escuadra formaba una larguísima línea.

Después mirando a un lado, vió que hacia ellos venía la escuadra inglesa, en dos columnas en forma de cuña, cual si quisiera incrustarse en medio de la larga fila que trazaba nuestra escuadra.

De pronto, el *Bucentauro*, buque que mandaba el almirante Villeneuve hizo la señal de virar en redondo, maniobra que la escuadra realizó con la imperfección natural en aquellos instantes de apremio.

Todos los oficiales del *Trinidad* tuvieron un gesto de disgusto que demostró a Crispín la disconformidad que existía entre Villeneuve y sus subordinados.

Oyó pronunciar el nombre de Nelson y se volvió viendo que hacia el *Trinidad* y a la ca-

beza de un grupo de fragatas, se dirigía un navío con las insignias de almirante.

—Es el *Victory* — exclamó un oficial — y parece que viene dispuesto a partir en dos nuestra columna. Como lo consiga, el desastre es inminente.

En efecto, el buque almirante que mandaba Nelson, se dirigía, cortando furiosamente las aguas, hacia el espacio que mediaba entre la popa del *Trinidad* y la proa del *Bucentauro*.

El comandante del navío español, al darse cuenta del peligro, formuló las órdenes oportunas para que el *Trinidad* disminuyera la marcha, dando así lugar a que el *Bucentauro* les alcanzara y cerrase el paso al buque de Nelson.

Crispín se extrañó de que los marineros no obedecieran a la voz de mando con la debida rapidez; pero también en este caso, un oficial aficionado a la crítica le dió la solución del problema.

—No llevamos un solo marinero que sepa su obligación. Se creen que con saber hacer fuego hasta morir ya son buenos guerreros de mar, y esto es un triste error. La mayoría de estos hombres son voluntarios que jamás han navegado en un buque de guerra.

Por su parte, Crispín advirtió que el flo-

jísimo viento dificultaba grandemente las maniobras y que, a raíz del inusitado viraje mandado por Villeneuve, la línea ofrecía un lamentable aspecto de irregularidad. Unos barcos se fueron hacia babor, otros hacia estribor; algunos avanzaron demasiado y buena parte de ellos no adelantaron lo suficiente.

Un viejo marino se llevó las manos a la cabeza, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Maldita sea la hora en que salimos de Cádiz!

De súbito, a una voz del comandante, los cañones se cargaron.

Crispín sintió como si un nudo impidiera el paso del aire por su garganta.

En este momento culminante, un navío de la retaguardia disparó el primer cañonazo contra el cuerpo de fragatas inglesas mandada por Collingwood, e instantáneamente don Francisco Javier de Uriarte dió la voz de fuego.

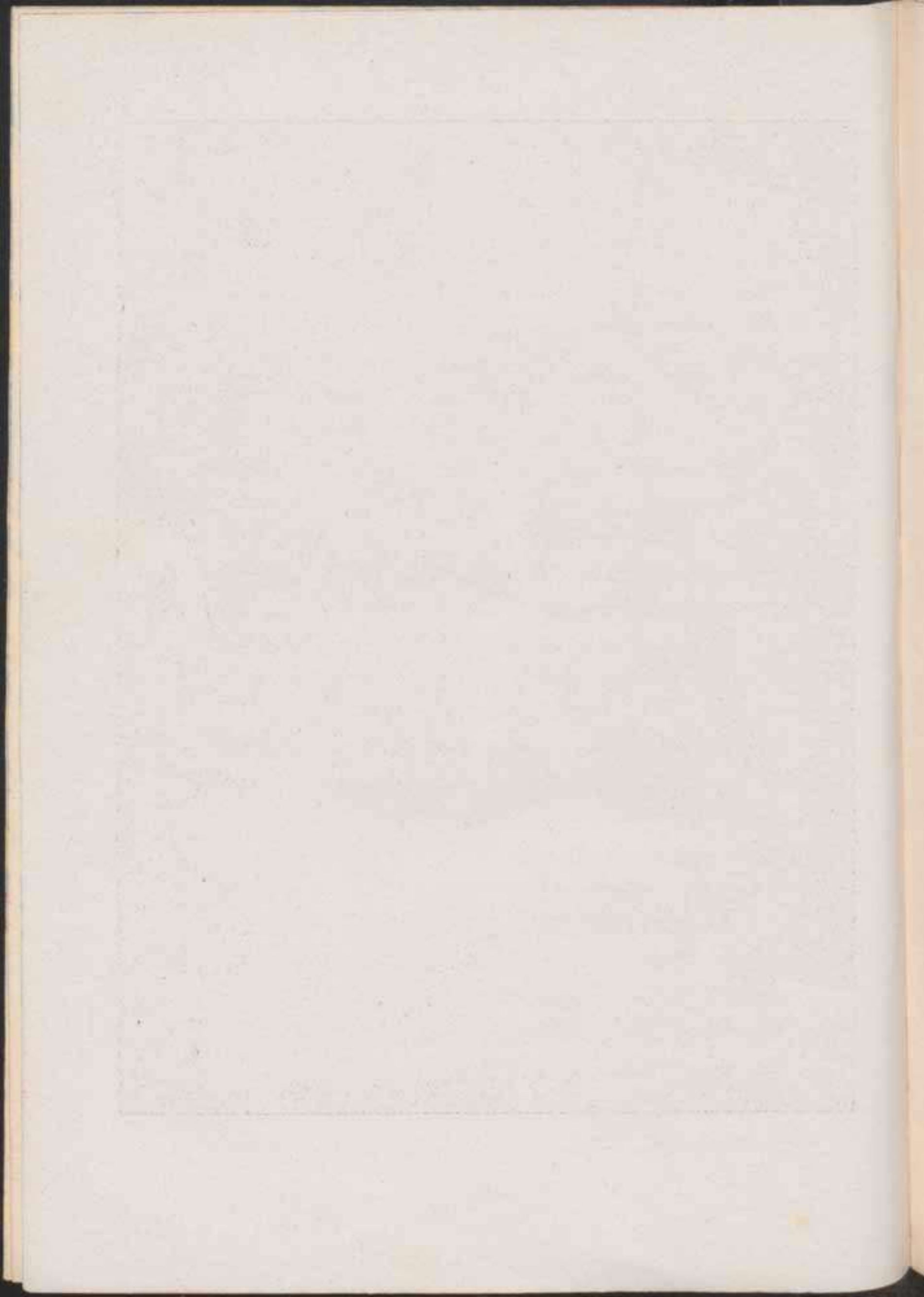
Crispín, electrizado, vió cómo se encendían las mechas y cómo, entre el estruendo de la descarga, temblaban las cuerdas del *Trinidad*.

Inmediatamente, entre gritos y amenazas, volvieron a cargarse los cañones y se volvió a disparar.

Desde este instante, no hubo punto de re-



Sus ropas manchadas de sangre...



poso en el buque. Enardecidos por la lucha, terriblemente animados por los destrozos que las andanadas del *Trinidad* hacían en la nave de Nelson, todos los hombres que Crispín tenía ante sus ojos se convirtieron en héroes, desplegando una actividad y una intrepidez que hubiera sorprendido al más valiente.

El buque de Nelson, contestaba con brío, pero no era comparable el efecto de sus disparos con el que producían las andanadas del *Trinidad*.

Comenzaban a caer guerreros, iba tiñéndose de rojo la cubierta; pero lo que en aquel instante atrajo toda la atención de Crispín, fué el cuadro que ofrecía su dueño don Celso Miranda.

Aquel caballero engreído y acicalado para el que no había en el mundo nada tan importante como la tarea de empolvase la peluca, casi afeminado a fuerza de cuidar de su compostura, estaba transfigurado. Sus ropas, manchadas de sangre y serrín, no semejaban las mismas que la noche antes envolvían el cuerpo del cantante de voz dulzona y atenuada.

El que horas antes no movía los brazos para no arrugarse las mangas ahora daba órdenes, empujaba a los marineros, les ayudaba

a cargar los cañones, trasportaba a los heridos y atendía a otros mil duros menesteres sin cuidarse lo más mínimo de las balas enemigas.

Viendo esto, Crispín sintió que una cálida oleada subía a su rostro y le nublabla la vista.

Como por arte de magia, todo su pánico se convirtió en deseo de luchar, en extraña furia y, abandonando el lugar en que instintivamente había buscado refugio, se fué al lado de su amo y comenzó a ayudarle con tanto ardor y el mismo desprecio a la vida que el oficial.

Los proyectiles pasaban silbando por encima de su cabeza y se estrellaban ya contra el alcázar, ya contra un palo del buque o bien en el cuerpo de algún infortunado marino, que profería un grito de dolor.

Y surgió el héroe en el alma de Crispín. El paje ya no era tal, sino un guerrero de bravura inusitada y de destreza singular que no erraba uno solo de sus movimientos.

De súbito, aconteció algo que impresionó profundamente a Crispín. Su dueño, llevándose las manos a la cabeza, se desplomó ruidosamente.

En su sien izquierda había un pequeño

círculo rojo. Era una bala de fusil la que le había arrebatado la vida.

Crispín, requiriendo la ayuda de un marinero, transportó el cuerpo del herido a la que hasta entonces había sido su cámara y allí pudo comprobar, aplicándole el oído al corazón, que había dejado de existir.

Volvió a subir a cubierta y entonces, atemperado su ánimo por la reciente desgracia, se dió clara cuenta de la triste situación del *Trinidad*.

Su cubierta ya no era más que una triste confusión de palos, de cuerdas, de astillas y de cadáveres. El humo de los disparos envolvía a la nave en una nube que impedía a Crispín ver claramente lo que sucedía a unos metros de distancia de la obra muerta.

Sin embargo, comprendió que el enemigo rodeaba al *Trinidad* y que la catástrofe llegaba a toda prisa a su triste fin.

En su puesto de honor, don Francisco Javier de Uriarte continuaba dando órdenes impasiblemente. Estaba pálido como la cera, pero su espíritu no había perdido un solo adarme de su valor ejemplar.

De súbito, se oyeron voces en la popa y por todo el barco cundió la noticia de que el general Cisneros estaba herido.

Y, con la triste nueva, esparcióse por el buque una glacial oleada que rebajó los ánimos de los combatientes, trocando su valor por desaliento.

Casi inmediatamente, otra nefasta noticia corrió de boca en boca.

El *Bucentauro*, buque que mandaba el almirante francés Villeneuve, habíase rendido. ¿Qué esperanza podía quedar, pues, a los demás navíos de la escuadra?

Entretanto, los carpinteros trabajaban afanosamente en la tarea de tapar los boquetes que los proyectiles iban haciendo en el casco y los heridos formaban filas cada vez más largas en las bodegas.

Los oficiales reuniéronse en la cámara para deliberar acerca de la rendición y se acordó entregarse.

Se hizo la señal y pronto el navío fué tomado, como por asalto, por la oficialidad inglesa.

Eran varias fragatas las que rodeaban al *Trinidad* en aquel momento y en todas ellas se oyeron clamores de victoria.

Crispín, entretanto, contemplaba los montones de cadáveres que obstruían las cámaras y las bodegas. Más de cuatrocientos hombres habían perdido su vida en aquel combate.

Cisneros, a pesar de su herida, no pensaba sino en el fracaso de la escuadra, en la vergüenza de la rendición.

A Uriarte acontecíale lo mismo. En su rostro impávido e indiferente a cuanto le rodeaba, leíase este pensamiento:

—¡Nada me importa ya!

A MERCED DE LAS OLAS



ENTRETANTO, se había ido haciendo de noche y con ello la tragedia adquiría proporciones fantásticas.

Pensar en gobernar el *Trinidad* era un disparate. No quedaba una sola vela entera en su sitio, y el casco estaba acribillado de composturas a las que las prisas y el atolondramiento con que habían sido hechas restaban toda solidez y seguridad. El gran buque crujía como un mueble viejo. No se sabía adónde había ido a parar la rueda del timón y, desprovisto de los palos, semejaba un cadáver más que navegara a merced de las olas.

El cuadro de horror y de muerte, se hizo

mucho más tremendo aun cuando la noche hubo cerrado. Sopló el viento, cubrióse el cielo de nubes y el mar convirtiéndose en un infierno de olas y corrientes.

El gigantesco casco del *Trinidad* mecíase de un lado a otro como una frágil cáscara de nuez. Crujían las castigadas maderas, quejábanse los heridos y por momentos iba siendo mayor el peligro de permanecer a bordo de la maltratada nave.

Crispín, aturdido por tanta emoción, extrañado de continuar con vida allí donde los cadáveres se contaban por cientos, permanecía encogido en un rincón de la cámara, donde oficiales ingleses y españoles departían con sorprendente cordialidad.

Crispín, que había visto cómo las descargas inglesas destrozaban al *Trinidad* mientras este procuraba destruir a las fragatas enemigas, no podía comprender aquel cuidado que los marineros ingleses prodigaban a los españoles y aquella cortesía con que los oficiales enemigos trataban a los nuestros.

Sentíase solo el muchacho en medio de aquel cuadro de dolor, de peligro y de muerte. Don Celso de Miranda, la única persona conocida por él a bordo del *Trinidad* había

muerto. Estaba solo, ¡solo!, y, seguramente iba a morir.

En aquel trance, el más crítico de su vida, no halló más que un pensamiento que pudiera consolarle: Dios. Y se afianzó desesperadamente a esta idea y comenzó a rezar.

El temporal, entretanto, arreciaba. Los terribles rugidos del mar y del viento, los crujidos de las agrietadas maderas del casco de la nave, los lamentos de los heridos en la bodega eran cada vez más agudas y terribles.

Nadie se preocupaba de defender al *Trinidad* del azote de los desencadenados elementos. ¿Qué podía hacerse en un buque sin timón ni velas? Era preciso confiarlo a la voluntad de Dios.

Los oficiales hablaban. Momentáneamente, advirtió Crispín que uno se ponía serio y decía:

—Nelson ha muerto. Han conseguido ustedes arrebatarse al mundo su mejor marino. La armada inglesa no puede decir que ha ganado este combate puesto que la pérdida de su almirante representa tanto o más que la pérdida de la batalla.

Todos cuantos estaban en la cámara, españoles e ingleses, se pusieron en pie, profundamente tristes.

Entonces un oficial del *Trinidad* preguntó:

—Y de los nuestros ¿saben ustedes algo?

—He visto navegar hacia Cádiz al buque de Gravina seguido por otros españoles y franceses. No sé si habrá logrado escapar a la persecución de los nuestros.

—¿Y el que mandaba Alava, el *Santa Ana*?

—Lo hemos hecho prisionero, así como al *San Juan Nepomuceno*, de Churruca.

—¡Churruca prisionero! No lo puedo creer

—Churruca, no, porque ha muerto, pero su barco sí.

La noticia de la muerte de Churruca saturó el ambiente de la cámara de un frío aliento de tragedia.

Incluso Crispín olvidó el drama de su situación para pensar tan sólo en el drama de aquella muerte. ¡Churruca, el marino intrépido, sabio y generoso como ninguno, había muerto! ¡Pobre esposa!

Era más de media noche cuando el buque inglés que custodiaba al *Trinidad*, el *Prince*, intentó remolcarle pero inútilmente. Nuestro gran navío no obedecía a más fuerzas que a las del tremendo temporal.

Y el peligro era cada vez mayor. A pesar del trabajo tenaz y afanoso de los carpinte-

ros, el agua entraba en las bodegas y hubo que extraer de ellas a los heridos.

En esta angustiosa situación pasaron toda la noche y todo el día siguiente.

Cuando la nueva noche tendió sus sombras sobre el mar, hubo que tomar una determinación, pues el navío amenazaba hundirse de un momento a otro.

—Es preciso que nos pasemos todos al *Prince* — manifestó un oficial inglés.

Casi al mismo tiempo, sonó un tremendo estampido que produjo un rápido efecto en toda la gente que ocupaba el *Trinidad*.

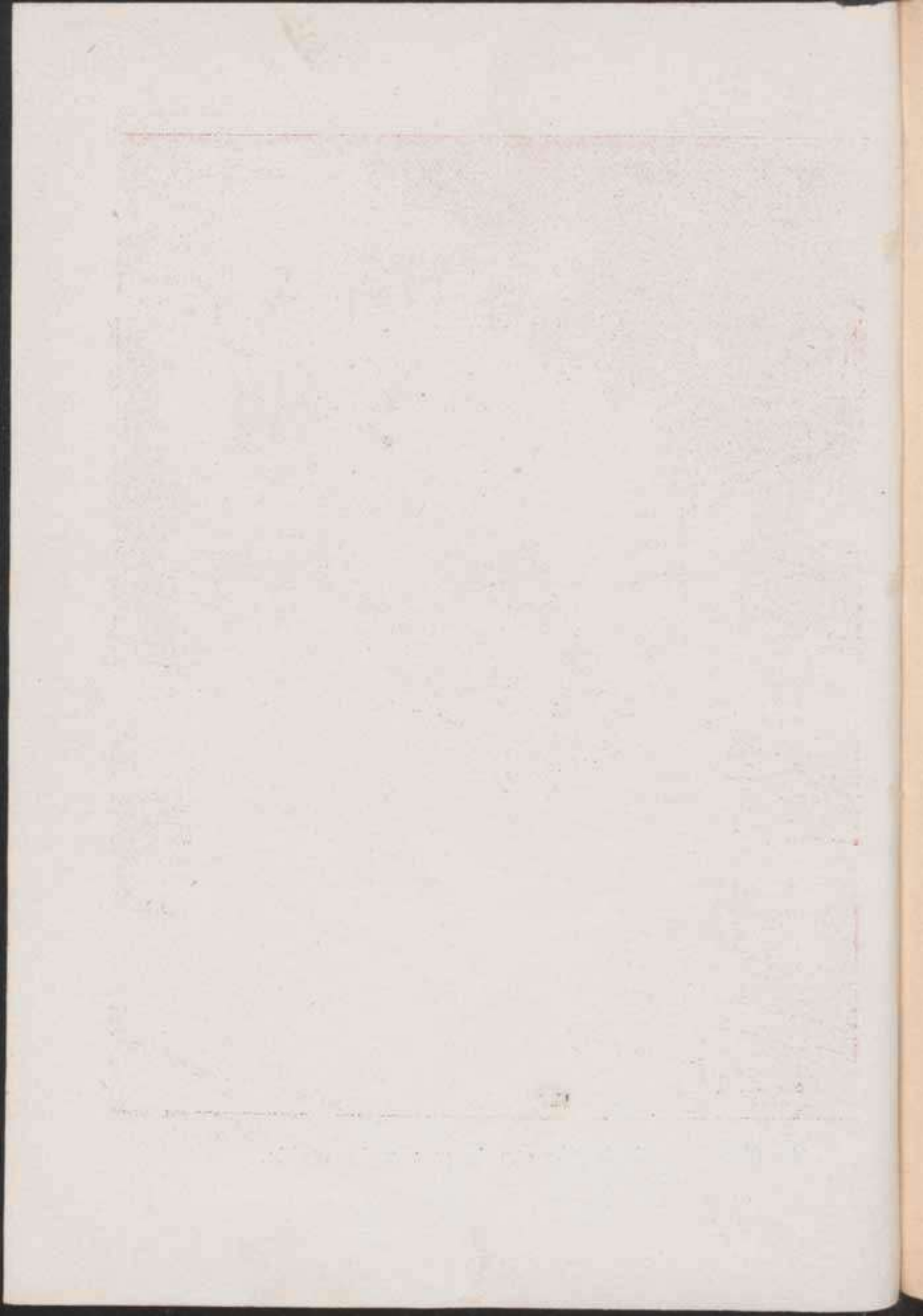
Utilizando las barcas de uno y otro, comenzaron a hacer el transbordo, tarea penosa y delicada, pues también hubo que trasladar a los heridos.

Más de dos horas llevaba ya la gente del *Trinidad* ocupada en este trabajo, cuando un nuevo estampido sembró el pánico en el resto de la tripulación que quedaba a bordo y produjo una escena tan desgarradora, que el corazón de Crispín se encogió una vez más.

Abalanzáronse los tripulantes hacia la amura dando gritos a los que conducían los botes de salvamento, pero las densas sombras impedían ver dónde se hallaban estos, y los de las barcas, igualmente, no podían acudir en



...luchando con la mar embravecida.



su ayuda porque todas las luces se habían apagado.

Después de una angustiosa e inútil espera, se volvió a oír el siniestro crujido y la gente del *Trinidad* ya no siguió esperando.

—¡Nos vamos a pique! ¡Nos vamos a pique! — comenzaron a vociferar.

Y se arrojaban al mar, entablado una lucha desesperada con el agua y las sombras.

Crispín se quedó solo. ¿Qué hacer? La misma gravedad del momento agudizó su inspiración y, rápidamente, vació un barril de serrín, cogió un trozo de cuerda y atándose fuertemente el barril al cuerpo, pero de modo que no le impidiera mover los brazos, se arrojó al mar.

Después de estar un buen rato braceando, por lo que se hallaba a una considerable distancia del *Trinidad*, oyó un formidable estrépito seguido de una fuerte agitación del mar.

Era que el gran buque se había hundido.

Durante no sabía cuánto tiempo, siguió luchando con la mar embravecida. No distinguía una sola luz ni hallaba medio de orientarse en aquel laberinto de tinieblas. Al fin rindió la fatiga y dejó de bracear.

Estuvo inmóvil un buen rato.

De súbito oyó cerca de él un suave chapo-

teo. Agudizó el oído para cerciorarse y comprendió en seguida que alguien se acercaba nadando.

—¿Quién va? — preguntó.

—Un náufrago — le respondieron.

—¿Francés, español o inglés?

—Español.

—¿Del *Trinidad*?

—No, del *San Juan Nepomuceno*.

Este nombre produjo en Crispín singular animación.

—¿Cuál es tu nombre?

—Lucio.

—¡Hurra! Yo soy Crispín.

—¡Viva Crispín!

—¡Vivaa!

—¡Viva Lucio!

—¡Vivaa!

Ya estaban uno al lado del otro y se dieron un abrazo. Este hubo de ser rapidísimo, pues tanto Crispín como Lucio tenían en aquellos momentos muy ocupadas las extremidades superiores.

Lucio iba atado por el vientre a un grueso tablón.

—No había reconocido tu voz — dijo a Crispín.

—Ni yo la tuya.

—¡Estamos tan roncos!

—De tanto gritar.

—Ha sido horrible.

—Ha sido espantoso.

—Un desastre.

—Una verdadera hecatombe.

Hubo una pausa que rompió Crispín.

—¿Llevas mucho tiempo en el agua?

—Lo menos tres horas.

—El mismo tiempo que yo, poco más o menos.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Esperar. No nos queda otro remedio.

—Esperar ¿a qué?

—A que pase algún barco.

—¿Y si no pasa?

—Si no pasa... pues entonces no sé que va a pasar.

Estuvieron un buen rato en silencio, esperando a que la Providencia les enviara el barco salvador.

Por fin, Lucio dijo:

—Tengo la piel tan arrugada como la de un viejo de noventa años.

—Y yo estoy más encogido que una lombriz seca.

—Cuando se nos coman los peces vamos a estar ya más blandos que un merengue.

—No sé como puedes estar de buen humor teniendo la muerte tan cerca.

Lucio entonces se puso serio y exclamó en un arretrato de sinceridad:

—Este buen humor es ficticio, Crispín. Río por no llorar. Pero créeme que no quisiera morir. ¿Qué sería de mi madre?

Y Crispín le oyó prorrumpir en sollozos. Mas de súbito...

—¡Una luz! — exclamó el náufrago del *Trinidad*.

—¿Dónde? — preguntó Lucio, tratando de secarse las lágrimas.

—Allí.

Lucio miró en la dirección que Crispín le indicaba.

—¡Es verdad! ¡Oh, si fuera una nave española!

—Lo es.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dice el corazón.

—No te fíes de las corazonadas.

Con ojos anhelantes, esperaron a que el barco se acercara. Esto no aconteció hasta transcurridas lo menos dos horas. Menos mal que pasó tan cerca de ellos, que oyeron sus voces en demanda de socorro y al punto se

echó al mar un bote por cuyos tripulantes fueron recogidos.

Una vez estuvieron a bordo, se enteraron de que se hallaban en el *Santa Ana*, el navío mandado por el general Alava.

Les dieron ropas secas y les prodigaron los mismos cuidados que a los heridos.

El temporal había amainado.

Crispín y Lucio se vieron al fin sanos y salvos y protegidos de los embates del mar y del viento.

Reconfortados por unas galletas y unas copas de vino con que se les obsequió, entablaron en seguida animada conversación acerca de las aventuras de que ambos fueron protagonistas.



XII

LO QUE CONTO LUCIO



UANDO la noche antes de que la escuadra combinada partiera — dijo Crispín — trepé desde el chinchorro que nosotros mismos habíamos desamarrado del muelle a la cubierta del *San Juan Nepomuceno*, vi que al lado mismo de la borda había un barril un poco más grande que ese que tú llevabas atado a la espalda cuando nos hemos encontrado.

”Comprobé que estaba vacío y me introduje en él, esperando que tú subieras detrás de mí para indicarte un gran rollo de cuerdas que había cerca del barril.

”Pero he aquí que en aquel momento oigo un gran estrépito en el chinchorro y, acto se-

guido, los pasos acelerados del centinela que comienza a dar voces de alarma.

”Supuse que algo te había ocurrido y temí por mi seguridad, más he aquí que pasa el tiempo y ni vuelves a dar señales de vida ni me descubren a mí.

”En seguida comprendí que te habías dirigido a otro buque de la escuadra y ello me tranquilizó aunque hubiera querido que corriéramos juntos esta aventura.

”En resumidas cuentas, que pasé la noche en el barril y que felizmente no me descubrieron hasta que la escuadra estaba ya muy lejos de Cádiz.

”Fué un contramaestre el que me sacó del barril de una oreja y me condujo ante el segundo del buque, el cual después de hacerme varias preguntas y de reirse a mandíbula batiendo de mí, me llevó frente al gran Churruca.

”Este recordó que hacía dos días me había visto al lado del tío Sarampión y ello fué causa de que, en vez de castigarme, diera orden de que se me empleara en cualquier menester apropiado a mi inexperiencia.

”Me hicieron baldear, barrer, limpiar, esparcir el serrín y otras muchas cosas más

propias de un vil criado que de un digno guerrero.

”Sin embargo, lejos de sentirme humillado, me complacía sobremanera tener en el navío un cargo designado por el mismo Churruca.

”Cómo se rió el tío Sarampión cuando me vió en la cocina, desempeñando el papel de pinche.

”Durante los dos días que tardamos en dar con las fragatas inglesas, sólo me sucedió una cosa digna de ser mencionada.

”Veía que Churruca andaba tan triste, que su actitud me parecía impropia de un guerrero de tan reconocida intrepidez como la suya.

”Se me ocurrió preguntar al tío Sarampión y este me dijo guiñándome un ojo:

”—Bien sé yo lo que le sucede a Churruca.

”—¿Qué? — le pregunté.

”—Pues que está convencido de que vamos a perder la batalla.

”—¿Y eso le asusta? — exclamé yo estúpidamente.

”—¡Calla, necio! — me contestó el tío Sarampión—. Churruca no se asusta ante nada ni ante nadie. No sabe lo que es el miedo.

”—Entonces no comprendo...

”—No comprendes porque eres un borri-

co. Un marino que ama a su patria y a su escuadra como la ama él, daría la vida por no verlas sufrir una humillación.

”Hube de disculparme al ver tan disgustado al tío Sarampión y este continuó diciéndome:

”—El mismo día que salimos de Cádiz, dijo a un cuñado suyo: “Antes de entregarme, volaré o echaré a pique el *San Juan Nepomuceno*” y también, antes de partir, había escrito a un amigo suyo, diciéndole: “Si te enteras de que mi navío ha caído en manos enemigas, dí que he muerto”.

”En verdad, Crispín, Churruca fué el marino más grande y el guerrero más valiente que ha tenido España.

”Y, para que te convenzas, voy a contarte lo que sucedió a bordo del *San Juan* durante el combate.

”Dos horas antes de que los navíos de Nelson y Collingwood cayeran sobre nosotros, Churruca reunió a todos sus hombres y, después de las ceremonias religiosas de ritual, les arengó de este modo: “Valientes soldados del *San Juan*: Yo, en nombre de Dios, os prometo un puesto en el cielo si morís cumpliendo con vuestro deber, y, al mismo tiempo, os prevengo que mandaré fusilar al que

se muestre cobarde, así como que el remordimiento y el infortunio le perseguirán mientras viva si logra burlar mi vigilancia y la de mis oficiales”.

”Esta arenga, tan elocuente como simple, produjo un efecto fulminante en la tripulación del *San Juan*. Todos, entre hurras y gritos de entusiasmo, prometimos cumplir con nuestro deber mientras nos quedara una gota de sangre en las venas.

”Todas las maniobras de Villeneuve le parecieron torpes y si no dió grandes muestras de contrariedad, fué por no desanimar a sus soldados.

”Sonó el primer cañonazo. Como el *San Juan* estaba en un extremo de la línea tardó aun unos minutos en entrar en acción.

”Collingwood que sin duda sabía qué clase de marino era Churruca, envió contra nosotros tres navíos de su división.

”No sé por qué milagro del Cielo, Churruca adquirió de súbito la facultad de convertir en heroicos y diestros a aquéllos que, en su mayoría, no habían manejado jamás un cañón.

”No fué cosa de locura ni de entusiasmo ciego. En el *San Juan* no faltó un solo segundo la serenidad ni la consiguiente destreza. Se

disparaba rápidamente, pero sin que fuera inútil un solo disparo. Cada bala de cañón nuestra hacía el efecto de una andanada entera del enemigo.

”¡Oh, Crispín! Cuánto me habría gustado que hubieras visto a ese gigante, a ese guerrero maravilloso, a ese soberbio marino que se llamaba Churruca.

”Serenó, erguido, magnífico en el alcázar de popa daba órdenes con pasmosa seguridad y soberano desdén hacia las balas y cascós de metralla que pasaban silbando siniestramente a ras de su cabeza.

”Soberbio cuadro. Todos nosotros, viéndole a él nos crecíamos. Y hablo en plural, porque también yo, sin poder resistir a un impulso misterioso, cogí un botafuego y estuve durante más de una hora encendiendo las mechas de los cañones.

”Llegó un momento en que la victoria era nuestra. Aquellos tres navíos que luchaban contra uno solo, se vieron perdidos y habrían tenido que rendirse de no acudir a auxiliarles otros tres.

”¿Comprendes ahora Crispín, lo grande que era Churruca? Seis navíos necesitaban los ingleses para pelear contra el *San Juan*.

”Y tampoco así sé lo que hubiera pasado de

no sobrevenirnos la mayor desgracia que nos podía ocurrir.

”Una de las naves inglesas habíase colocado en la misma proa del *San Juan* y le hostilizaba impunemente ya que nuestros cañones difícilmente podían apuntarle.

”Churruca, que estaba en todo, descendió del alcázar, se dirigió a uno de los cañones más próximos a la proa y el mismo hizo las maniobras necesarias para disparar un certero cañonazo sobre el navío inglés.

”Una vez hubieron aprendido los soldados que cuidaban de aquel cañón como se podía castigar al buque que se había colocado junto a la proa del *San Juan*, se volvió Churruca tranquilamente al alcázar, mas, antes de que pudiera llegar a él, un certero cañonazo del enemigo se le llevó una pierna.

”Rápidamente corrió por todo el buque la infausta noticia y cien brazos acudieron en socorro del héroe.

”Se le hizo una rápida ligadura para contener la sangre, imperfecta porque el desgarramiento se había producido en la parte alta del muslo y se intentó conducirlo a la cámara.

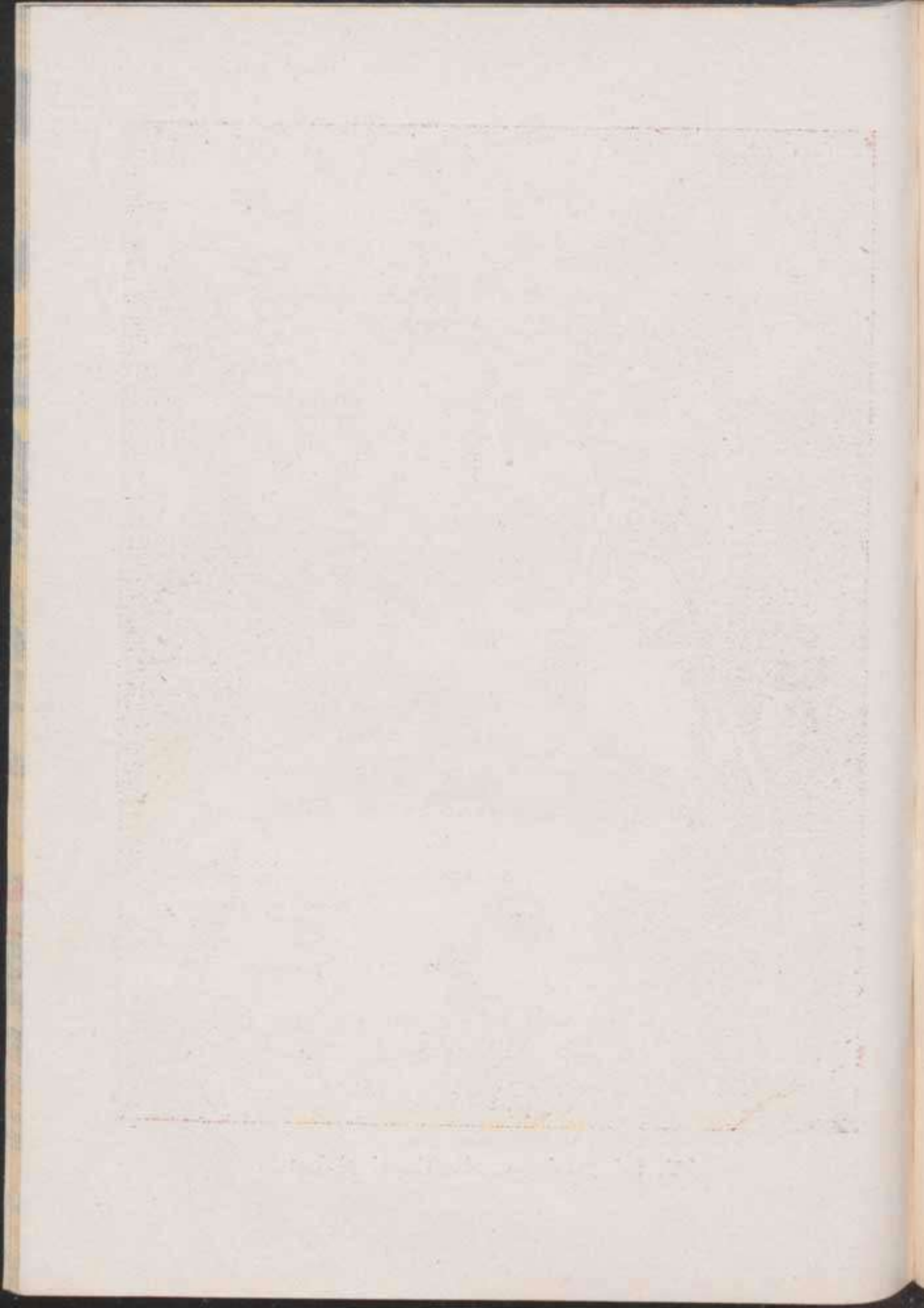
”Pero él se negó rotundamente.

”—Al alcázar — ordenó.

”Y fué preciso conducirlo al alcázar, desde



Y, fué preciso conducirlo al alcázar,...



donde, sin vestigio de color en el rostro, pero con su habitual firmeza, continuó dando órdenes y animando a luchar a su gente.

”Pero la herida era tremenda, mortal, y Churruca hubo al fin de rendirse a la extenuación.

”Dijérase que en su cuerpo no quedaba una gota de sangre cuando, se dejó conducir a la cámara después de dejar un oficial de su confianza al mando del buque.

”El efecto que produjo esta baja en la dotación del *San Juan* fué instantáneo. El entusiasmo heroico huyó de los pechos y los miembros perdieron su maravillosa movilidad.

”El *San Juan* era ya un montón informe de astillas, velas desgarradas, cuerdas rotas y mástiles caídos. Todo era inútil. ¿Para qué seguir luchando?

”Los oficiales acordaron rendirse y bajaron a consultar a Churruca. Mas éste, incorporándose en su lecho merced a un increíble esfuerzo de su espíritu, dijo:

”—¡*El San Juan no se rinde mientras yo viva!*

”Y fué preciso seguir peleando, aunque no por mucho tiempo. Desdichadamente, los mi-

nutos de Churruca estaban contados y pronto dejó de existir.

”Rindióse entonces el *San Juan*, y no puedes imaginarte, Crispín, la alegría que ello produjo en los buques ingleses que nos atacaban.

”La oficialidad enemiga se apresuró a pasar a nuestro navío y su alegría hubiera seguido ofendiéndonos si no se enteraran de que había muerto Churruca

”Al saberlo bajaron a la cámara, y yo vi, Crispín, la expresión de duelo que nublabá sus semblantes. La fama de Churruca había traspasado todas las fronteras. En Europa entera se sabía que tenía España uno de los mejores marinos del mundo, y un grande hombre lo es siempre incluso para el enemigo.

”Se verificaron las exequias con toda pompa y ceremonia y en ellas tomó parte la marinería inglesa.

”Al día siguiente, al tenerse a bordo del *San Juan* conocimiento de que el *Trinidad*, el mayor y más codiciado de nuestros navíos, no podía ser transportado a Gibraltar como trofeo de victoria, se acordó sustituirlo por el *Nepomuceno*, el cual, si bien no era el más grande, era el que Churruca había ennoblecido con su mando y el que más brillante-

mente se había comportado durante el combate.

”Para que su transporte fuera más fácil, se nos condujo a todos los tripulantes del *San Juan*, sanos y heridos, a diversos buques de la escuadra inglesa.

”En uno de ellos he pasado todo el día de hoy, pero no resignado a la triste suerte de ser conducido a Gibraltar como prisionero.

”Había proyectado fugarme.

”Y así lo hice. Aprovechando la oscuridad de la noche, me até al cuerpo un tablón y me arrojé al mar, exponiéndome a morir, pero también a ser recogido por algún navío español o francés que no fuera prisionero del enemigo.

”He aquí, Crispín todo lo que me ha sucedido desde la noche del dieciocho hasta que nos hemos encontrado en medio del mar.”

XIII

LOS HEROES DEL SANTA ANA



ESPUÉS del relato de Lucio, Crispín correspondió con el de sus propias aventuras y, al terminar, lejos de sentirse fatigados, experimentaron el deseo de dar un paseo por la cubierta.

Subieron a ella. El mar estaba ya en calma. Y al estruendo, del combate primero y del temporal después, sucedía un silencio amplio y solemne.

Lucio y Crispín saltaron por encima de uno de los palos abatidos y se apoyaron en un trozo de borda que milagrosamente se había librado del destrozo general.

Otros grupos pululaban por la cubierta y bastaba ver sus sombras desde lejos para sa-

ber si estaban formados por gente inglesa o española. Los ingleses reían satisfechos de su triunfo. Los españoles hablaban en voz baja, conscientes de la inutilidad de su heroísmo.

De súbito, los dos muchachos oyeron un ruido en el mar. Aguzaron el oído y pronto comprendieron que alguien se acercaba a nado.

—¿Quién va? — preguntó Crispín.

—¡Silencio! Soy un español. Arrojad un cable.

A dos pasos de ellos hallaron una cuerda a propósito y arrojaron al mar una de sus puntas, atando la otra fuertemente a la borda.

Cuando el español estuvo sobre cubierta, cogió a Crispín y a Lucio por el brazo y les dijo con voz misteriosa y agitada:

—Silencio. Que no me descubran. Soy un compañero que he salido de Cádiz para salvaros.

Crispín y Lucio se quedaron como el que ve visiones, y el marinero añadió:

Con Gravina lograron llegar a Cádiz el *Asís*, el *Montañés* y el *Rayo*. Los jefes allí decidieron volver a hacerse a la mar con el ánimo de rescatar al enemigo los buques españoles que hubieran hecho prisioneros. Cerca de aquí están los tres navíos con las lu-

ces apagadas. Por lo tanto, es preciso que os levantéis contra los ingleses que vayan a bordo del *Santa Ana*, les hagáis prisioneros y reanudeis con nosotros la batalla contra los navíos ingleses que os custodian. Id uno de vosotros a avisar a la oficialidad. Procurad que el mismo general Alava venga a hablar conmigo. Si no puede venir él, que lo haga su segundo.

Mientras Lucio se quedaba con el marinero, Crispín fué a dar la noticia a un oficial español, cuidando, naturalmente, de burlar la vigilancia de los enemigos.

Acudió el segundo de a bordo a hablar con el marinero y rápidamente cundió la noticia entre la oficialidad española.

Se entregaron ropas secas al marinero y éste se mezcló a los tripulantes del *Santa Ana* sin que los ingleses pudieran advertirlo.

Por la cubierta comenzaron a verse parejas y grupos de españoles que conversaban en secreto.

Crispín y Lucio se separaron para obrar cada uno por su parte.

Transcurrida una hora volvieron a reunirse.

—¿Lo sabe ya Alava? — preguntó Crispín.

—Sí. Y es lo gracioso que ya había comenzado a planear un levantamiento. Pensaba rebelarse aunque no hubieran acudido a auxiliarnos los navíos que huyeron con Gravina.

—¿Entonces...?

—La tripulación está ya alerta. A una voz del comandante, caeremos sobre los ingleses que nos custodian, les ataremos y les conduciremos a la cámara, procediendo en el acto a enarbolar la bandera y a manejar los cañones y los fusiles.

En efecto, media hora después, surgía una voz de mando de la cámara.

Con unanimidad sorprendente, los marinos españoles cayeron sobre los ingleses, y, en menos que se cuenta, fueron conducidos a la cámara atados codo con codo.

Se enarboló la bandera en un resto de palo y el general Alava, desde el alcázar de popa, dió la voz de fuego.

Comenzaba a clarear el día y en la turbia semipenumbra crepuscular iban surgiendo como fantasmas las formas imprecisas de algunas naves dispersas. Cerca del *Santa Ana*, por la parte de babor iban los dos buques ingleses que le custodiaban. Más lejos veíase otro que se arrastraba penosamente con las velas hechas jirones, y más lejos aun, en el

horizonte, se columbraba otra fragata abandonada.

Por la parte de estribor, se aproximaban al *Santa Ana* los buques amigos salidos de Cádiz.

El *Santa Ana* se hallaba en un estado lamentable. Le faltaba el timón y la arboladura y no había una sola pieza de artillería que funcionara debidamente.

Pero la falta de medios para combatir estaba suplida por el valor y el deseo de resarcirse de la derrota sufrida.

El general Alava, pese a las diversas heridas que quebrantaban su cuerpo, daba órdenes desde el alcázar. Los oficiales animaban a los soldados y la tripulación en masa se unía en un grito anticipado de victoria.

Unos con el botafuego en la mano, otros cargando los cañones que consideraban casi inservibles y los mismos oficiales tomando la puntería, se entabló una durísima batalla de la que los españoles salieron al fin victoriosos.

Otras fragatas inglesas acudieron a auxiliar a las que custodiaban al *Santa Ana*, pero también vinieron en ayuda de nuestro navío los tres que con tal objeto salieron de Cádiz.

La lucha fué durísima. Teniendo en cuenta el estado físico en que debían de hallarse

los supervivientes de la reciente odisea, el heroísmo de nuestros marinos adquiere gigantescas proporciones.

Cuando los navíos ingleses huyeron, el general Alava se asomó desde el alcázar a la cubierta y dió el siguiente grito de triunfo:

—¡Viva España!

Y toda la tripulación repuso a coro:

—¡¡Viva!!

OTRA VEZ EN PELIGRO



TARDECÍA. Ya no se veía ningún buque enemigo alrededor del *Santa Ana*. Crispín y Lucio dialogaban en la cubierta.

—Hemos vencido, Crispín.

Pero Crispín repuso gravemente:

—Ahora veremos qué es de los vencedores.

—¿Por qué dices eso?

—Dirige una mirada a tu alrededor. ¿Qué ves? Mástiles desgajados, palos caídos, astillas, velas destrozadas, cuerdas, cascos de metralla y fusiles rotos. Los carpinteros trabajan desesperadamente pero el casco está tan acribillado que difícilmente se mantendrá a flote el *Santa Ana*. Las naves que han venido

a auxiliarnos están en una situación parecida. Somos libres, verdad es, pero ¿de qué nos sirve esta libertad? ¿Acaso podremos llegar a Cádiz? ¿Estás muy seguro de que los ingleses no volverán a caer sobre nosotros con refuerzos? Menguada victoria la que termina con la muerte de los triunfadores...

Y los dos muchachos estuvieron un buen rato en silencio.

Anocheía. Las naves amigas, especialmente el *Rayo* habíanse acercado al *Santa Ana*. El mar, sin duda cansado de permanecer tantas horas en calma, volvía a encrespase furioso y el viento a iniciar sus rugidos amenazadores. Crispín volvió a oír los crujidos siniestros que oyera a bordo del *Trinidad*.

Cuando cerró la noche, el temporal arreció. En la cubierta del *Santa Ana* los jirones de vela iban de un lado a otro sacudidos por el huracán. En las bodegas comenzaron a quejarse los heridos.

—¿Estamos muy lejos de Cádiz? — preguntó Crispín a un marinero.

—No mucho, pero sí lo suficiente para que no podamos llegar, a menos que se nos lleve a remolque.

—¿Por qué no nos llevan?

—¿Quién puede hacerlo, muchacho? De los

tres navíos que nos acompañan, el *Rayo* es el único que parece que está en medianas condiciones. Sin duda, este tratará de remolcarnos. Pero... ¿lo conseguirá?

En efecto, a media noche, el *Rayo* tendió un cabo al *Santa Ana* y probó a arrastrarlo, pero el gran tonelaje de éste y el reducido de aquél impidió que la operación se llevara a feliz término.

Entre estas desesperadas tentativas transcurrió la noche entera y al amanecer no habían logrado sino divisar a Cádiz en el horizonte.

No obstante, la visión de la tierra amada animó el corazón de los vencedores.

—¡Cádiz, Cádiz! — dijeron varias veces a un mismo tiempo.

Pero la situación se agravaba por momentos. El *Rayo* manifestó que le era imposible seguir auxiliando al *Santa Ana* pues necesitaba cuidar de sí mismo si no quería irse a pique.

Y el *Santa Ana* continuaba crujiendo cada vez más terriblemente.

El temporal se había llevado muy lejos a los otros dos navíos que les acompañaban, y he aquí que el *Santa Ana* y el *Rayo* quedaron solos en medio del mar.

Por orden del general Alava, se envió un mensaje al *Rayo*, preguntándole si podrían pasarse a él todos los hombres del *Santa Ana*. Contestó afirmativamente y en el acto se echaron al mar las barcas, comenzando a sacar los heridos de las bodegas.

Antes de hacerse el trasbordo, el comandante del *Santa Ana* dijo a su gente:

—Os prevengo que al trasladaros al *Rayo* no hallaréis en él una completa seguridad. El *Rayo* parece que está en mejores condiciones que el *Santa Ana*, pero nada más. Así pues, el que quiera pasarse al *Rayo* que se pase y el que no que se quede.

Y comenzó la penosa tarea de ir preguntando uno a uno a los heridos si querían ser trasladados al *Rayo* o permanecer en el *Santa Ana*.

Los pareceres se dividieron y cerca de la mitad de los tripulantes manifestaron su deseo de quedarse, mientras la otra mitad pidió ser transportada al *Rayo*.

Entretanto, Crispín y Lucio sostenían este diálogo junto al alcázar de popa.

—Yo creo, Lucio, que nos debemos trasladar.

—Yo, Crispín, soy de la opinión contraria. El *Santa Ana* está más castigado, pero es mu-

cho mayor y más resistente que el *Rayo*. Si cesa el temporal podemos llegar a Cádiz, aunque muy lentamente.

Crispín quedó un instante pensativo. Mas no tardó en decir con la expresión del que ha tenido una feliz ocurrencia:

—Hagamos una cosa. Yo me trasladaré al *Rayo* y tú te quedas en el *Santa Ana*. A ver si la Providencia quiere que nos volvamos a reunir en Cádiz.

—De acuerdo — repuso Lucio — y por si acaso soy yo el que me quedo para siempre en el mar, visita a mi madre y dile que su hijo no la ha olvidado, y ha cumplido con su Patria.

Crispín lo prometió y, encomendando a su vez a Lucio que visitara a su maestro si era él el que perecía, se dispuso a bajar a la barca que estaba haciendo el trasbordo.

Ya estaba Crispín muy cerca del *Rayo* y aun veía las señas que le hacía su amigo.

Lucio le despidió agitando desde la borda un pequeño fragmento de vela.

Cuando el héroe del *Trinidad* estuvo a bordo del nuevo navío era ya medio día.

Durante toda la tarde estuvieronse cruzándose mensajes entre el *Rayo* y el *Santa Ana*. Lo mismo en uno que en otro arreciaban los estampidos, pero el *Santa Ana* había conse-

guido colgar un trozo de vela en un palo roto de modo que el viento lo fuera empujando suave y lentamente hacia la costa.

Por la noche arreció el temporal una vez más. Las naves amigas se separaron a impulsos de la mar embravecida, sufriendo mayor castigo el *Rayo* por ser más pequeña.

Crispín comenzó a arrepentirse de no haber permanecido en el *Santa Ana*, aunque no sabía de él a aquellas horas.

De súbito resonó un estampido enorme, ensordecedor y la cubierta del buque crujió y tembló amenazando hundirse.

De las bodegas comenzaron a brotar gritos de angustia. El agua entraba a raudales por las grietas del desvencijado navío. Rápidamente, llenaron de heridos los botes de salvamento y por todas partes se veían hombres que se arrojaban al mar, abrazados a una tabla, a una barril vacío o a cualquier otro objeto flotante.

Crispín, aturdido, iba de un lado a otro sin saber qué hacer. Buscaba algo que pudiera ayudarle a permanecer a flote, mas antes de que pudiera hallarlo, un violento vaivén del buque le arrojó de cabeza contra la borda.

Antes de perder el conocimiento sintió cómo

unos robustos brazos le levantaban y le vendaban la cabeza.

Después una voz le dijo:

—Animo que nos vamos a dar un baño.

Y vino en seguida el chapuzón. Fué entonces cuando perdió la noción de las cosas.

EL ENCUENTRO



RISPÍN abrió los ojos y se vió en una lujosa habitación y metido entre las finas sábanas de un hermoso y blando lecho.

¿Qué significaba aquello? ¿Dónde se hallaba?

Se llevó una mano a la cabeza y al sentirse vendada, comprendió parte de lo que había ocurrido. Recordaba que a bordo del *Rayo*, en el momento en que el navío iba a hundirse, un golpe de mar le arrojó violentamente contra la borda, hiriéndole en la cabeza y que unos brazos caritativos le recogieron y le vendaron la herida.

Seguramente, aquellos mismos brazos le transportaron en un heroico esfuerzo a través

del mar hasta Cádiz, hasta aquella casa. Mas no, esto último era inverosímil. Sin duda...

En esto oyó una conversación que detuvo el hilo de su pensamiento.

En la estancia contigua varias voces de hombres y una de mujer se enzarzaban en animada charla.

El que ahora hablaba era un hombre, que decía:

—Ha muerto Churruca, ha muerto Alcalá Galiano, morirá Gravina a causa de sus heridas, apenas nos han dejado un buque entero. ¡Pobre armada española!

—Verdaderamente ha sido un grandísimo error el lanzar a la escuadra en busca de los ingleses — arguyó la voz femenina.

—Yo creo — dijo otro de los hombres — que si Gravina se hubiera opuesto como se opusieron Alcalá Galiano y Churruca, la escuadra no habría salido.

—La culpa la tuvo Villeneuve — opinó una cuarta voz — cuando se reunió con nuestros principales jefes para tratar el asunto de la salida de la escuadra, mostró tal deseo de que así se hiciera, que Gravina comprendió la necesidad de ser diplomático. Expuso algunas hábiles excusas y, en vista de que Villeneuve no se dejaba convencer, recurrió a un supre-

mo argumento. “Ved — dijo: — el barómetro baja indicando mal tiempo”. Y entonces Villeneuve, exasperado, respondió: “Lo que baja cada vez más es el valor”. Gravina se irguió, pálido de ira, y tuvo una áspera réplica para el almirante francés pero ya no quiso negarse a salir para que no se pusiera en duda su valor.

En este punto de la conversación estaban los contertulios cuando una señora de aspecto bondadoso entró en el cuarto de Crispín.

Al verle con los ojos abiertos, profirió un grito de alegría y en el acto se llenó de gente la habitación. Todos los que hablaban en la estancia contigua, pasaron a comprobar con sus propios ojos el milagro del restablecimiento de Crispín.

—¿Cómo te encuentras? — le preguntó la dama de semblante bondadoso.

—Muy bien — repuso Crispín — doy a ustedes las gracias por lo que han hecho por mí... aunque no se cómo he tenido la suerte de llegar hasta esta hospitalaria casa.

La buena señora le contó entonces que una balandra acertó a pasar por el lugar donde el *Rayo* estaba yéndose a pique y que le recogió a él al mismo tiempo que a otros muchos marineros y oficiales que se habían arro-

jado al mar. No hubo medio de hacerle recobrar el conocimiento en la balandra y así hubo que conducirlo desde el muelle hasta la habitación y al lecho en que se hallaba en aquel preciso instante. Y como Crispín expresara su extrañeza de que, sin conocerle, le hubieran prestado auxilio, le señora le contestó que en Cádiz había muy pocas casas que no tuvieran a su cuidado un herido.

—Desearía saber, señora, qué ha sido del *Santa Ana*.

—Ha llegado por sí solo al puerto.

Crispín dió un grito de alegría y manifestó su deseo de levantarse en el acto para ir en busca de su amigo Lucio.

Apenas el médico le dió de alta, se levantó, expresó sentidamente su gratitud a los dueños de aquella casa y salió a la calle sin otro pensamiento que el de reunirse con su compañero de aventuras.

Como sabía donde moraba Lucio, le pareció que lo mejor era ir directamente a su casa. Así lo hizo, pero cual no sería su asombro al ver que la vivienda estaba cerrada a piedra y lodo y que nadie le abrió por mucho que llegó a golpear su puerta.

Desalentado, preguntó a una vecina y ésta

sólo pudo decirle que la madre de su amigo estaba enferma y que se la habían llevado a casa de una prima, cuyo domicilio ignoraba.

Cada vez más contrariado, dirigióse al colegio donde siempre prestara sus servicios con objeto de saludar a su maestro y protector.

Como la puerta estaba abierta, no hubo de llamar para entrar.

Ló hizo con la cabeza baja, pues no lograba desalojar de su mente la idea de la suerte que habría corrido su fraternal compañero, cuando una voz bien conocida pronunció su nombre obligándole a levantar el rostro rápidamente.

—¡Crispín!

—¡Lucio!

Y se abrazaron estrechamente.

—He venido a buscarte — dijo Lucio — creí que habías perecido en el naufragio del *Rayo*, pues llevo dos días buscándote inútilmente, cuando se me ha ocurrido pensar que nadie mejor que don Hilario podía saber tu paradero si es que habías salido con vida del naufragio.

Crispín abrazó a don Hilario, el cual no había querido interrumpir aquella escena de fraternidad y, después de saber que la enfermedad de la madre de Lucio no era de cui-

clado, quiso despedirse de don Hilario, prometiéndole volver a la hora de la limpieza para contarle detalladamente todo lo que había sucedido en la terrible contienda que desde entonces se llamó *Batalla de Trafalgar*.

—No os vayáis — dijo — quiero que celebremos vuestra vuelta. Bien podéis alabar a Dios, pues pocos han tenido vuestra suerte.

Y dirigióse a su desvencijada mesa, abrió uno de los cajones, sacó un puñado de monedas — todos sus ahorros — y envió a uno de los alumnos a comprar dulces.

Los demás, enterados del regalo que don Hilario les preparaba, demostraron su regocijo y uno de los más listos, exclamó:

—¡Vivan los héroes de Trafalgar!

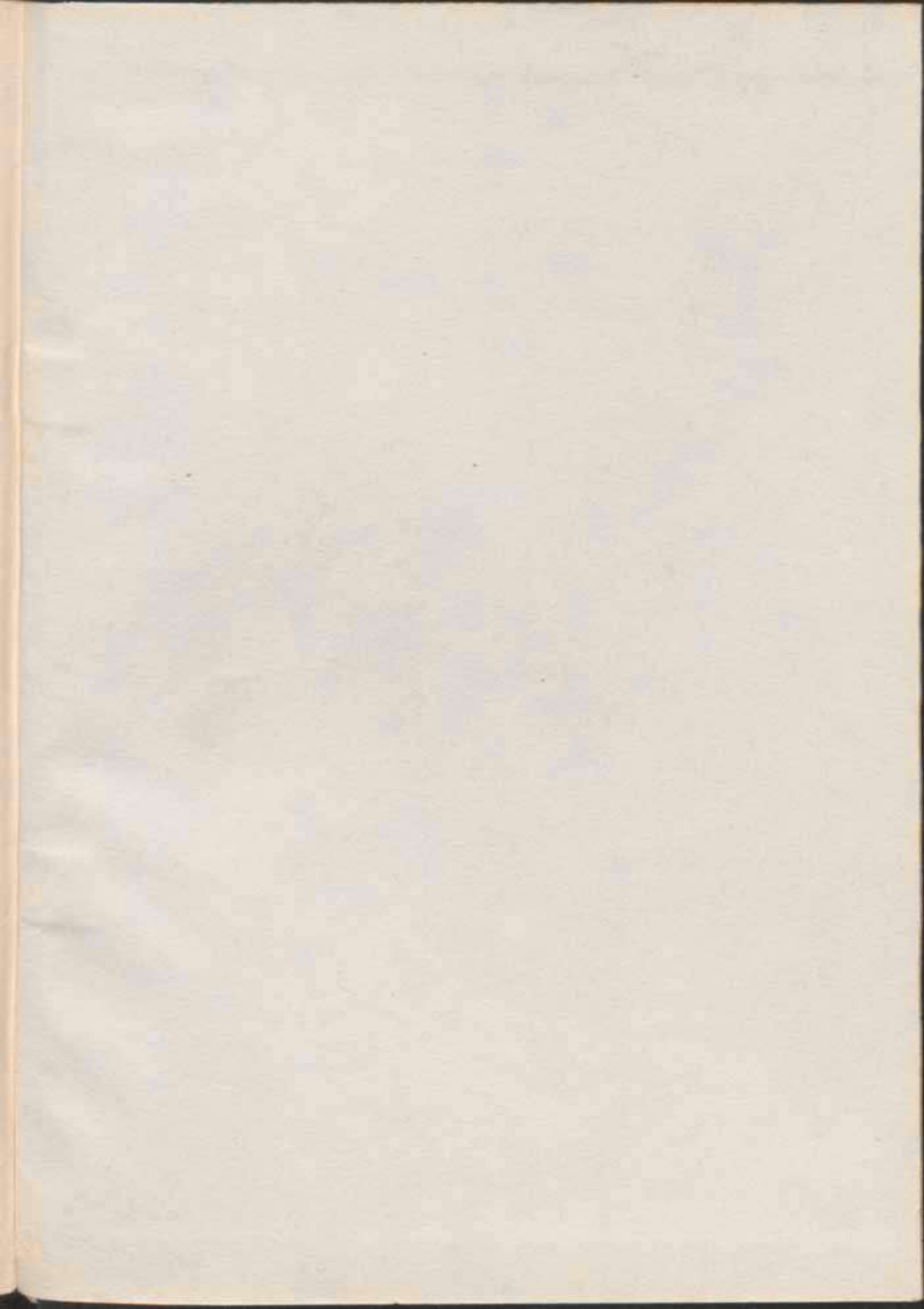
—¡Vivan!

Vinieron los dulces. Don Hilario dió a sus alumnos libertad para moverse a su antojo mientras durara el banquete; pero cuando en las bandejas no quedaba un solo pastel, mandó se guardara silencio.

Se dirigió a su mesa. Hizo que Crispín y Lucio se colocaran a su lado y, con voz llena de emoción y sentimiento, comenzó a decir.

—Voy a hablaros de la Patria. Habéis de saber...





1870

El presente documento es una copia de los libros de la biblioteca de la Universidad de la Habana, y se encuentra en el tomo 10, folio 100.

Este documento es una copia de los libros de la biblioteca de la Universidad de la Habana, y se encuentra en el tomo 10, folio 100.

Este documento es una copia de los libros de la biblioteca de la Universidad de la Habana, y se encuentra en el tomo 10, folio 100.

Este documento es una copia de los libros de la biblioteca de la Universidad de la Habana, y se encuentra en el tomo 10, folio 100.

Este documento es una copia de los libros de la biblioteca de la Universidad de la Habana, y se encuentra en el tomo 10, folio 100.

Este documento es una copia de los libros de la biblioteca de la Universidad de la Habana, y se encuentra en el tomo 10, folio 100.

